



La reticente
amante del príncipe

Elizabeth
Lennox

La serie de las atracciones innegables: Libro 2

La reticente amante del príncipe

Elizabeth Lennox

www.ElizabethLennox.com

Sígueme en Facebook: www.facebook.com/Author.Elizabeth.Lennox

Twitter: www.twitter.com/ElizabethLenno1

Traducción de Pedro Solano Molero

Cuando el Príncipe Tamar El Amin Yarin llegó al sencillo restaurante de barrio, no esperaba encontrarse a la mujer de sus sueños. De hecho, fue allí por negocios, para intentar localizar al hacker que le había estado robando secretos gubernamentales y corporativos. Lo que descubre en su lugar es una belleza de ojos azules y cabello rubio que le pone a prueba a muchos niveles. ¡Después de una noche de ardiente pasión con la inocente tentación, descubre que por fin ha encontrado a su hacker! La traición le deja aturdido, pero vuelve a pensar en sus negocios y toma a la adorable y seductora Wyndi como prisionera.

Wyndi no se puede creer que ese hombre, que le ha mostrado tanta pasión y que le ha enseñado lo increíble que puede ser una simple caricia, haya podido raptarla de verdad y haberla llevado a su país. ¡Y ahora la acusa de espionaje y de beneficiarse de la venta de secretos de su país! Para proteger sus propios secretos, rechaza las exigencias de Tamar de revelar los nombres de los compradores de la información confidencial, logrando enfadarlo aún más. Se encuentran en un punto muerto. Ella se niega a decirle por qué está hackeando los archivos de su empresa y su gobierno, y él rehúsa liberarla hasta tener la información que exige.

Pese al conflicto por el hackeo, ninguno de los dos puede olvidar la pasión que compartieron y el amor que había empezado a florecer. Esa intensa atracción los une, incluso en medio de sus disputas. Cuando se revelen los secretos de Wyndi, ¿fortalecerá esa unión o la destruirá?

Título original: The Prince's Resistant Lover
Derechos de autor 2013

Copyright © 2016
ISBN13: 9781944078263
Todos los derechos reservados

Traducción: Pedro Solano Molero

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, acontecimientos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se han utilizado de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con acontecimientos reales, es pura coincidencia. Queda terminantemente prohibida la copia de este material sin el consentimiento expreso de la autora, ya sea en formato electrónico o cualquier otro formato existente o de futura invención.

Si descarga este material en cualquier formato, electrónico o de otro tipo, de un sitio web no autorizado, queda informado de que usted y el sitio web estarán cometiendo una infracción de derechos de autor. Podrán demandarse daños y perjuicios económicos y punitivos en cualquier sede legal donde sea apropiado.

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Epílogo

Extracto De La doble sorpresa del italiano, Libro 2 De La Trilogía De Las Hermanas

Hart

Títulos De Elizabeth Lennox (En Inglés)

Títulos De Elizabeth Lennox (En Español)

Capítulo 1

Wyndi Carmichael contuvo el aliento cuando el hombre, sorprendentemente alto y escalofriante, entró en el restaurante barato y grasiento del muelle. Se sentó a una mesa de la zona donde estaba ella, recogió el menú plastificado y contempló las opciones. Definitivamente no encajaba entre la clientela habitual que frecuentaba ese restaurante barato y grasiento.

Ella lo observó detenidamente, desconfiando al momento y limpiándose las manos con nerviosismo en el sucio delantal que llevaba atado alrededor de la cintura. Ese hombre era alto y elegante, y de él emanaba un poder en cierto modo escalofriante. Sus ojos negros otearon el restaurante como si él fuera el dueño, y también al resto de clientes. Su nariz de águila y su mandíbula cuadrada añadían un toque de peligro a su aspecto. No se le podía considerar guapo de ninguna forma, pero era locamente atractivo. Había un aspecto crudo en él que era... tentador, a muchos niveles, haciendo que fuera el doble de peligroso.

Wyndi se acercó a su mesa con precaución, insegura de qué esperar. Él vestía ropas demasiado caras para ser de la misma clase socioeconómica que sus clientes habituales y sus ojos estaban inquietos, como si buscara a alguien. ¿O quizá esperaba a alguien?

No estaba segura. Pero él estaba en su zona, así que se acercó a la mesa. No pudo mostrar su sonrisa habitual, pero intentó mostrar un semblante educado en lugar de su típica amabilidad pública. Le gustaba relacionarse con otras personas, le parecían fascinantes. Uno de los motivos por los que era tan buena en su trabajo. Las propinas que recibía como camarera estaban por encima de lo normal, pero incluso en las raras ocasiones en que recibía una propina mayor que la media, la cantidad no era excesiva. En ese restaurante de esa parte de la ciudad, los clientes no ganaban montones de dinero como en Wall Street. No vestían a la última moda y desde luego que no tomaban vino para comer. Lo normal era una cerveza el día de la paga, y agua el día de antes, cuando iban justos de dinero.

Así que, ¿por qué estaba ese hombre, vestido con un traje que probablemente costaba más que los sueldos de todos los demás clientes juntos, sentado a una mesa y mirando en dirección a ella con expectación?

Wyndi se acercó a la mesa, fingiendo que no le temblaban los dedos mientras rebuscaba su bolígrafo y libreta de comandas en su delantal.

—¿Qué desea tomar hoy? —preguntó, más alejada de la mesa de lo que estaría normalmente.

Acostumbraba a apoyar la cadera o el muslo contra la mesa, conectando en cierta manera con los comensales. Pero aquel hombre era aterrador. Su mirada penetrante le creaba una sensación de poder amenazante. La observaba con aquellos ojos negros, quizá atravesándola, evaluándola.

Tamar levantó la mirada y se sorprendió al ver los delicados rasgos de la encantadora criatura que le devolvía la mirada. Sus ojos azules y sus gruesos rizos rubios eran sorprendentemente bellos. Tenía una boca amplia con unos labios sensuales que se mordía con unos dientes blancos y bonitos. Pero lo que más le llamó la atención fueron los asustados ojos azules que le devolvían la mirada.

Normalmente no causaba ese efecto en las mujeres. Se amontonaban ante él, invitándole al juego del apareamiento. Por su experiencia, la mayoría de ellas esperaba

conseguir un dije caro; la más ambiciosa buscaba el prestigioso título de esposa. Los ojos azules de esa mujer eran precavidos, como si ella pudiera sentir el poder que él tenía y lo temiera. Para él era un misterio por qué esa adorable mujer estaba tan nerviosa, pero estaba intrigado.

–¿Qué me recomendarías? –preguntó él, fascinado por el destello de sus iris y su respiración entrecortada. Su cuerpo respondió del mismo modo mientras pensaba en todas las maneras en que le gustaría morder ese carnoso labio inferior. Entre otras partes exquisitas de su cuerpo.

Wyndi vio el fulgor de su nariz, el calor que emanaba de aquellos ojos negros y misteriosos, y quiso huir, esconderse en algún lugar hasta que ese hombre perturbador desapareciera. La asustaba hasta los huesos, y ella no era alguien a quien le gustara burlarse del peligro o provocar a un oso. Aunque, desde luego, ese hombre no podía ser considerado un oso. «Un león», pensó ella cada vez con más escalofríos de conciencia que se esforzaba por sofocar. No era que creyera que él pudiera saber cuál era su misión secreta. Cuando ella lo miró a los ojos, sospechó que podría saber el resto de cosas. Lo cuál era mucho, mucho peor. Ella apartó la mirada y se metió las manos en los bolsillos.

–Hay una hamburguesería genial tres locales más abajo.

Tamar se rio levemente de esa «recomendación», sorprendido no solo porque intentara mantener la distancia, sino por que intentara echarlo del restaurante.

–He escuchado que la comida aquí es bastante deliciosa –mintió sin remordimientos.

El único motivo por el que se encontraba en ese restaurante era porque sus técnicos habían rastreado la señal de un hacker hasta esa dirección. Encontrar a ese ángel entre los trabajadores del lugar no fue más que un hecho fortuito.

Ella parpadeó extrañada por su lenguaje formal, insegura de qué pensar de él. Definitivamente no encajaba allí. Aquel era un barrio obrero. Los clientes del lugar eran del tipo brusco que se toman una hamburguesa rápida y varias cervezas tras un duro día de trabajo en los muelles. El lugar de aquel hombre parecía ser una sala de juntas, no sentado en la cabina de una excavadora. Ella hubiera apostado a que ni siquiera se había ensuciado las manos nunca. Probablemente tampoco sería muy bueno en una pelea a puñetazos, aunque sus hombros parecían bastante anchos y robustos bajo el tejido fino de su traje. Wyndi se encogió de hombros, como si la comida fuera pasable.

–No parece usted el tipo de hombre que come hamburguesas y bebe cerveza –contestó, preparada para despacharlo.

–Quizá tú y yo podamos cenar esta noche y ver qué tipo de hombre soy –ofreció él, fascinado por la nerviosa criatura.

En un instante, supo que esa bella rubia de precavidos ojos azules sería su siguiente amante. Se frotó la barbilla mientras calculaba mentalmente cuánto tardaría en tenerla ronroneando, rogándole que la tocara. Wyndi jadeó, sorprendida por lo directo que era él.

–No lo creo –replicó ella–. ¿Va a pedir algo? Si no, hay otras mesas que debo atender.

Tamar soltó una risita mientras la observaba atentamente. «Acepto el desafío, bella mía», pensó.

–Tráeme la especialidad de la casa –le dijo él devolviéndole el menú plastificado y ligeramente grasiento.

Wyndi le devolvió la mirada, intentando comprender qué pretendía. ¿Quién se creía que era? ¿La especialidad de la casa? Aquello era un restaurante de un barrio de clase obrera, no el Ritz. No tenían una especialidad de la casa. Pero en lugar de discutir con él, se encogió de hombros, ignoró el menú ya que su sitio estaba en los ásperos soportes de madera que

había sobre la mesa, al lado de la ventana, y se dio la vuelta sobre el tacón revestido de sus zapatillas deportivas. ¿Quería la especialidad de la casa? «Le voy a dar algo especial», pensó con una sonrisa de deleite. Él no podía verla, por suerte, pero ella escribió algo en su libreta de comandas y después clavó el papel en la rueda metálica de comandas, girándola para que Billy, el cocinero ese día, pudiera ver la comanda.

Tras hacer eso, fue a las demás mesas, sonriendo y saludando a los clientes. Rellenó sus tazas con café o sus vasos con agua e ignoró completamente al hombre de la mesa, que ahora hablaba por el móvil. Intentó escuchar disimuladamente, sin importarle que fuera de mala educación. Solo quería comprender qué hacía él allí. Era muy extraño, pero hablaba en un idioma que ella no podía entender, así que se alejó con la intención de dejarle en paz todo lo posible.

Cuando Billy gritó que la comanda estaba lista, ella volvió a la cocina y sonrió en anticipación a lo que venía. Llevó el pesado plato a la mesa y lo colocó delante del hombre junto a una gran jarra de agua y un vaso.

—¡Buen provecho! —dijo ella, intentando ocultar su diversión mientras él observaba el enorme plato.

Tamar contempló el plato de comida con interés, inseguro de qué era exactamente, pero pudo ver en la encantadora mirada de ella que creía haberle hecho una jugarreta. Lo que ella no sabía era que él viajaba por todo el mundo en representación de los intereses de Surisia. Su primo era el jeque y habían crecido juntos desafiándose el uno al otro a probar las comidas más exóticas que pudieran encontrar. Aquella hamburguesa con multitud de condimentos no iba a poder con él.

—¿Imagino que el agua es por mi propio bien? —preguntó él.

Su deseo de llevarse a esa mujer a la cama, de doblegar su voluntad, era incluso más intenso ahora que ella le había desafiado de esa manera. Wyndi se encogió de hombros, mirándolo y sonriendo triunfante.

—El chile es bastante picante. Y los jalapeños tampoco se quedan muy cortos —ella se pausó, intentando esconder su sonrisa—, pero si desea otra cosa, solo tiene que decírmelo. Tamar rio, encantado con ella.

—Tiene una pinta maravillosa. Gracias por tu ayuda.

Le excitaba tanto el travieso destello en la mirada de ella que quería levantarla, sentarla sobre la mesa y besarla hasta que ronroneara bajo sus caricias. No dudó ni un momento más y agarró la hamburguesa con ambas manos como si fuera un profesional devorando las comidas más pringosas posibles.

Wyndi se apartó, sintiéndose derrotada de alguna forma. Se esforzó por ignorarlo, pero mientras atendía el resto de tablas mantenía la mirada sobre ese hombre y su hamburguesa. Cuando dio el primer bocado y no se quejó, ella comenzó a sentirse culpable. ¡Era una hamburguesa enorme! ¡Tenía guacamole, un huevo frito, montones de rebanadas de jalapeño, una gran cucharada de chile picantísimo y también crema agria! Era una de esas hamburguesas que algunos se comían por la noche, tras un largo y duro día de trabajo, y normalmente les encantaba. ¡Pero aquel hombre no era uno de ellos! Era demasiado elegante, demasiado refinado.

Ella se dio la vuelta cuando él dio otro bocado, pensando que debería pasar otra comanda para él. Quizá una buena ensalada o algo ligero. No tardaría en tener el estómago revuelto. ¡Bueno, lo tendría si seguía comiéndose esa maldita cosa!

Se sintió tan mal por lo que había hecho que ni siquiera podía mirar en dirección al hombre. Se quedó mirando fijamente la bandeja de vasos limpios, con el corazón

retorciéndosele por la sucia jugada que le había hecho. Ese hombre la había asustado, ¿y qué? ¡No se merecía tener el estómago revuelto durante el resto del día y de la noche! Había sido mezquina y cruel. Suspiró y agarró un tazón de debajo de la encimera, necesitaba rectificar su mezquindad lo antes posible. También buscó un paquete de galletitas saladas, con la esperanza de que sirvieran de disculpa mientras servía una relajante sopa de pollo en el tazón.

Depositó el tazón de sopa en la bandeja y estaba a punto de servirlo en la mesa del hombre cuando levantó la mirada, justo a tiempo de ver cómo se limpiaba los labios con la servilleta de papel. Miró a la mesa y se quedó estupefacta al ver que la enorme hamburguesa picante había desaparecido completamente. También todas las grasientas patatas fritas.

–¿Qué ha pasado con la hamburguesa? –inquirió ella, boquiabierta, mientras movía la mirada del plato a los ojos del hombre, incrédula de lo que veía ante ella.

Tamar quiso reír, encantado por su sorpresa, pero atisbó una vulnerabilidad dolida en sus ojos y no quiso herirle los sentimientos. El tazón de sopa que ella tenía en las manos se sacudía ligeramente y él lo tomó y lo depositó cuidadosamente sobre la mesa de plástico.

–La hamburguesa estaba deliciosa. Te agradezco la recomendación, ya que nunca antes he probado nada igual.

Ella miró los ojos oscuros y sensuales del hombre, y después bajó la mirada al plato.

–¿Te la has comido entera? –preguntó, su voz era casi un susurro por la sorpresa que se apoderó de su tono.

–Por supuesto –contestó él–. Por tu expresión de sorpresa, ¿supongo que no te esperabas tal cosa?

Wyndi tragó pese al nudo de su garganta.

–No. No creía que fueras... –iba a decir «ese tipo», pero ahora le parecía tonto. Respiró hondo y echó los hombros hacia atrás–. Me disculpo –susurró, avergonzada de sí misma–. Estaba irritada por su actitud y le he traído un plato que... podría haberle hecho sentirse mal después.

Tamar estaba encantado al ver la angustia en sus bonitos ojos azules, y algo dentro de él cambió ligeramente.

–La sopa de pollo era para relajarme el estómago, ¿verdad? –preguntó, divertido y deleitado por ese aspecto más amable y delicado de ella.

Ella suspiró y se apoyó contra el borde de la mesa.

–Sí. Antes he sido desconsiderada. ¿Se encuentra bien? No tenía por qué comerse esa hamburguesa asquerosa. No hubiera tenido una mala opinión de usted.

Él levantó una de sus cejas negras interrogativamente.

–¿De verdad? –dijo desafiante y vio el rubor que surgía en las mejillas pálidas y adorables de ella–. Si quieres disculparte, ven a cenar conmigo.

Wyndi parpadeó y no pudo contener la risa que surgió de ella.

–¡No me siento tan culpable! –replicó cuando pudo controlar su risa.

Él se puso en pie, alzándose sobre ella y mirándola a los ojos divertidos.

–¿Cómo puedo convencerte para que cenes conmigo? –preguntó él, tomándola de la mano.

Wyndi se miró la mano, de repente se sentía vulnerable y asustada. Las yemas de sus dedos no eran suaves, como se esperaba. Eran ásperas y la agarraba con suavidad, pero podía sentir su fuerza. ¿No era suave? ¿No era débil? Había algo en su caricia, la forma en que le sostenía los dedos con tanta suavidad, que le indicaba que tenía una fuerza oculta. Y esa la asustó aún más. Intentó liberar la mano, pero él apretó los dedos alrededor de los de ella, negándose a soltarla.

–No creo que una cena sea buena idea.

Ahora el temblor era un poco más obvio y ella quería apartar la mano y meterse en el enorme congelador que había en la parte trasera del restaurante para enfriarse las mejillas rojas.

Él se movió ligeramente, arrinconándola para que el resto de comensales no pudiera presenciar su conversación. Sus amplios hombros les mantenían ocultos de los demás.

–Creo que sería una idea maravillosa. Te recogeré a las siete –le dijo él.

No era una pregunta. ¡Era un desafío! Ella lo miró a los ojos, insegura de lo que acababa de decir.

–No estaré aquí –dijo ella rotundamente.

–Lo sé –él se acercó y ella tuvo que estirar el cuello para mirarle, impresionada de lo alto que era. ¿Y sus hombros eran unos treinta centímetros más anchos? ¿Cómo era posible? Sus dedos ásperos le tocaron la mejilla, recorriéndole la piel y dejando un rastro de fuego en su estela–. Te veré esta noche.

Un instante después, se fue. Ella miró a su alrededor, sintiendo que la acababa de quemar pero sin tener ni idea de por qué. Solo la había tocado. Muchos hombres lo habían hecho también, y uno de ellos acabó con los dedos rotos por ello. Pero nunca antes se había sentido tan... vulnerable... cerca de un hombre. Y desde luego, no le gustaba. Ya estaba cansada de sentirse vulnerable. Durante los últimos cinco años, había hecho todo lo posible para eliminar esa posibilidad de su vida, y de ninguna manera iba a permitir que ese hombre le hiciera volver a sentirlo. ¿Cena? ¡Ni hablar!

Volvió zapateando a la cocina, con su mente tambaleándose por el impacto. ¡Menudo idiota arrogante, presuntuoso y monumentalmente irritante! ¡No se podía creer el descaro de ese hombre! Sí, quizá sintiera culpabilidad por la artimaña con la hamburguesa pero, ¿qué le sugiriera que tuviera que cenar con él? ¡Ni hablar!

Se acercó a las mesas de su zona, ignorando todavía esa dónde aquél idiota había comido, no quería acercarse a esa zona en aquel momento. El ajetreo de la comida iba en descenso, el restaurante se iba quedando más tranquilo, pero aun así, evitaba aquella mesa.

–¡Wyndi! ¡Limpia las cosas de la mesa seis! –le gritó su jefe.

Miró a la mesa, con su ira y resentimiento creciendo exponencialmente a medida que arrastraba los pies. Y entonces fue cuando la vio. ¡La propina! Por algún motivo, había sospechado que aquel hombre no iba a pagar por su comida. Es posible que ella no lo hiciera si le dieran algo tan incomible como la hamburguesa, pero él no solo había pagado por la comida, ¡había dejado un fajo de billetes de veinte debajo del plato! ¡Los contó y casi se atragantó cuando se dio cuenta de que el hombre le había dejado doscientos dólares! ¡Vaya idiota!

Llevó el dinero a la caja y sacó la cuenta del hombre. Solo hizo falta uno de los billetes para cubrir la comida, y eso le dejaba todavía quince dólares que tendría que descubrir cómo devolverle. Irritada, dejó un billete de cinco dólares sobre el mostrador con un manotazo.

–Toma –le dijo a Linda, su compañera camarera–. El idiota de la mesa seis ha dejado esto y no lo quiero.

Linda se quedó mirando el dinero y rio antes de metérselo en el bolsillo.

–Cariño, tus prioridades están muy desequilibradas.

Después de decir eso se fue y Wyndi agarró un sobre para guardar los ciento noventa dólares restantes. Se lo devolvería si podía encontrarlo. Si no, lo donaría para caridad. No quería su dinero, ya se sentía sucia solo por guardárselo en el bolsillo.

La tarde estuvo ajetreada y se sintió aliviada cuando acabó su turno a las cuatro en

punto. Todavía no había empezado a entrar gente para la cena, pero normalmente estaba menos ajetreado a esas horas. Mientras que la mayoría de restaurantes tenían bastante público para cenar, las principales comidas de este eran el desayuno y la comida debido a su ubicación. Dependían de los trabajadores del puerto y de las construcciones de la zona.

Hacia las seis en punto, abrió la puerta de su apartamento de una habitación, entró y la cerró, sintiendo alivio mientras el silencio de su apartamento la rodeaba, calmándole los nervios. Era un apartamento minúsculo y no estaba en el mejor barrio, pero tampoco en el peor. Y el dinero que ahorraba le permitía invertir más en equipo informático. Se quitó los tejanos y la camiseta cubiertos de grasa y, tras una ducha rápida, se vistió con unos leggings suaves y cálidos y un suéter. No se molestó en constreñirse con un sujetador, aquella noche estaba demasiado cansada.

Con un suspiro de alegría, abrió la caja de cereales y se sirvió un tazón. Tomó un par de copos y se los llevó a la boca. Miró dentro de su nevera pero, por desgracia, no había tenido fuerzas para ir al supermercado, así que no tenía leche para poner en sus cereales. Resignada, agarró el tazón y se sentó ante el ordenador, lo encendió y miró las noticias. Se cruzó de piernas, se puso una almohada bajo la espalda y comprobó su correo electrónico, con la esperanza de que alguien hubiera respondido a sus últimas consultas. Había algunas respuestas, pero ninguna parecía prometedora. Suspiró con frustración. ¿Por qué todo aquello era tan difícil? ¡No debería ser tan complicado encontrar a alguien!

Se negaba a rendirse y estaba a punto de irse a su habitación para empezar la búsqueda real cuando escuchó un golpe en la puerta. Caminó lentamente y descalza hacia la puerta con el tazón de cereales. Cautamente, observó primero por la mirilla y luego volvió a mirar, demasiado sorprendida por lo que había visto para poder asimilar al hombre que estaba al otro lado de la puerta.

Cuando volvió a llamar, no estaba segura de qué hacer. Se mordió el labio inferior y miró a su alrededor, intentando encontrar una salida, pero solo había una pequeña ventana en su sala de estar y habitación, ni siquiera había un balcón desde el que pudiera saltar, si fuera lo bastante valiente como para hacerlo. ¡Estaba a siete pisos de altura! No podía escapar por ahí y, aunque tuviera el equipo, tampoco lo usaría para bajar. ¡Tenía mucho miedo a las alturas!

–Abre la puerta, Wyndi –dijo la voz profunda del desconocido a través de la fina puerta.

Ella echó la vista atrás, con los ojos llenos de miedo. ¿Por qué estaba allí? ¡Le había dicho que irían a cenar, pero ella no había aceptado! ¡Y por supuesto que no le había dicho su dirección! ¿Cómo la había encontrado?

–Wyndi. Ahora –ordenó él.

¡Eso fue demasiado! Tenía que lidiar con hombres irritantes en su trabajo, pero de ningún modo iba a aceptarlo en la intimidad de su propio hogar. Abrió la puerta de golpe y con la mirada le fulminó... el pecho. Cuando levantó la mirada, vio que algo le parecía divertido y le miró fijamente a la cara, cosa que únicamente la irritó aún más.

–¿Quién te crees que eres? –exigió saber ella, agarrando el tazón de cereales con firmeza. Estaba tan enfadada que casi tenía ganas de tirárselo a ese hombre–. No estamos en el restaurante, así que no tengo por qué ser educada contigo –explotó, dándole golpecitos en el pecho con el dedo, y luego lo encogió porque se había hecho daño al hacer eso.

Tamar casi estalló en risas de lo asombrado que estaba ante el arrebato de la mujer. Nadie, hombre o mujer, le había levantado antes la voz. Ella estaba de pie, con los puños cerrados, furiosa tanto por la intrusión como por su diversión.

—¿Qué es tan gracioso? ¿Te insulto y te parece que es hilarante? —entrecerró los ojos y lo miró fijamente—. ¿Eres un perturbado mental? —preguntó cuidadosamente, considerando todas las posibilidades.

Aquello solo consiguió animar más a Tamar, que entró en el pequeño apartamento y cerró la puerta para que sus guardaespaldas no los vieran.

—Te aseguro que tengo pleno control de mis facultades mentales, pequeña —respondió.

Ella no estaba segura de si le enfurecía más la invasión o ese término cariñoso.

—No soy pequeña —replicó enseguida, recordando con dolor que no se había puesto el sujetador cuando él fijó los ojos en esa ausencia—. Y tienes que marcharte —le dijo, cruzando los brazos por encima de sus pechos.

Él se acercó a ella, atrapándola contra la pared.

—Creo que no voy a hacerlo, Wyndi.

Ella contuvo el aliento, insegura de a qué juego jugaba él.

—¿Qué haces aquí? —susurró ella, intentaba mostrarse impasible bajo la presión de su duro cuerpo contra el de ella, pero todas aquellas planicies interesantes y protuberancias fascinantes hacían que deseara explorarlas con sus manos. Tenía la boca seca, pero otras partes de su cuerpo... descubrió avergonzada que... ¡no estaban secas!

—Te lo dije, vamos a salir a cenar.

Ella lo miró fijamente, intentando descubrir de qué estaba hablando.

—No voy a salir a cenar contigo.

Él se enderezó y empezó a quitarse la chaqueta.

—También está bien. No me importa cenar aquí —miró el tazón medio lleno de cereales—. Pero creo que vamos a tener que pedir comida, porque eso parece mucho menos apetitoso que la comida que me serviste antes.

Ella miró el tazón que había estado sosteniendo cuando él la empujó contra la pared. Deseó poder esconderse, avergonzada por su comida. Pero entonces su testarudez emergió y levantó la barbilla, desafiante.

—No voy a cenar contigo aquí tampoco. Y si no te gusta lo que como, no me importa.

Depositó el tazón sobre la encimera y entonces lo fulminó con la mirada y con los brazos cruzados sobre su pecho. Después de lanzar la chaqueta sobre el respaldo de una silla, él volvió a inclinarse sobre ella, moviendo suave y sensualmente los dorsos de sus mano por la mejilla y la mandíbula de ella.

—No me importa descartar completamente nuestros planes para cenar. Al menos por ahora. Preferiría empezar con lo que ambos queremos —y tras decir eso, le arrancó la goma del cabello, la dejó sobre la encimera y se volvió otra vez para mirarla a ella.

Ella estaba a punto de protestar, viéndole las intenciones en la mirada una fracción de segundo antes de que la tomara entre sus brazos. Pero era demasiado tarde. Para cuando su mente formó la protesta, la boca de él ya le cubría la suya, así que nunca llegó a pronunciarla. De hecho, en cuanto él la estaba tocando ya no pudo formular ningún pensamiento.

Las manos con las que ella estaba a punto de empujar sus hombros ahora estaban agarradas a su cuello y su cuerpo. Se había preparado para escapar, para resistírsele, pero ahora estaba apretada a él, sorprendida de lo bien que encajaba su cuerpo contra la constitución alta y dura de él. También estaba asombrada por lo musculoso que era. No era el hombre de negocios elegante y reservado que había creído inicialmente. ¡Ese hombre era musculoso! Le recorrió los hombros con los dedos, sintiendo los músculos nudosos bajo el algodón caro de su camisa entallada.

Sintió como él movía las manos contra su trasero, levantándola, y soltó un fuerte jadeo

al sentirlo. Nunca había sentido nada tan... ¡alocado! Él la levantó más y la movió y dejó sobre el respaldo de la silla que había tras ella. Wyndi prefería esa posición sin dudas. Estaba más elevada y todo encajaba mucho mejor. Entonces él la echó hacia atrás y el cuerpo de ella se apretó más con el de él. Ella se movía con tanta sutileza que no estaba segura de si él lo notaba, pero casi puso los ojos en blanco a medida que el placer le recorría todo el cuerpo.

Wyndi no era consciente de que él ya le había levantado el suéter pero, cuando se lo quitó por encima de la cabeza, entró en pánico por un instante. El aire frío hizo que su mente empezara a funcionar y levantó la mirada, solo para ver esos ojos negros que le observaban los pechos. Nunca antes se había sentido tan admirada, tan femenina. Él levantó lentamente la vista hasta mirarla a sus ojos azules mientras, al mismo tiempo, levantaba la mano para sostener sus pechos. Parecía que el peso de su pecho encajaba a la perfección en la palma de su mano. Ella contuvo el aliento, los ojos de Tamar le apresaban los suyos mientras con los dedos le moldeaba la carne, enviándole escalofríos en todas direcciones.

Por desgracia, el pulgar de él le golpeó su pezón endurecido y ella jadeó, echándose hacia atrás. Apretó los dientes ante esa sensación y cerró los ojos para intentar controlar el placer.

–Abre los ojos, pequeña –le ordenó él severamente.

Ella lo intentó, intentó desesperadamente ignorar esa orden. Pero su cuerpo parecía una marioneta para que él la controlara y abrió los ojos, suplicándole silenciosamente que volviera a tocarla.

–¿Te gusta? –le preguntó él, con un tono de voz peligrosamente bajo y áspero.

Ella quiso sacudir la cabeza, negar que ese hombre pudiera hacer algo que le gustara, pero sus propios dientes le habían atrapado el labio y ella empezó a asentir, deseando desesperadamente que él volviera a tocarla.

–Y quieres más, ¿verdad? –preguntó él, pero fue más una afirmación que una pregunta.

–Sí. Por favor –rogó ella, casi avergonzada por ser tan débil, pero nunca antes alguien había tenido esa clase de impacto y no estaba segura de cómo lidiar con él.

–Es un placer –dijo él, moviendo otra vez el pulgar sobre el duro bulto, observando con una necesidad casi dolorosa cómo ella tensaba el cuerpo, lo encorbaba contra su mano, rogándole más. Intentó contenerse, pero la deseaba desesperadamente–. Agárrate a mí –gruñó y esa vez no esperó a que ella obedeciera.

Sentía una gran urgencia, la necesidad le dominaba. Si ella no fuera tan perfecta, si no encajara con tanta precisión en sus manos, quizá le hubiera molestado que ella pudiera provocarle esa sensación, pero ni siquiera podía pensar en resentimiento. Todo su cuerpo estaba preparado para indagar en el de ella y necesitaba que ella estuviera en la misma sintonía que él. Así que le levantó los brazos para que le rodeara el cuello con ellos y después usó sus propias manos para bajarle los leggings por las largas y esbeltas piernas, quitándole el trozo de algodón negro.

La observó, perfectamente desnuda en sus brazos, y casi perdió el control. Deseaba a esa mujer con dolor. La inclinó hacia atrás, la obligó bascular en sus brazos, confiando completamente en él mientras le cubría el pezón con la boca. Ella jadeó, su cuerpo temblaba a medida que sus labios, dientes y lengua la volvían casi completamente loca de deseo. Ella intentó apartarse, pero él volvió a acercársela, pidiendo más. Los labios de ella estaban apretados a los de él y él se arrancó la camisa, rasgando algunos botones en su desesperada necesidad de que ella lo tocara con sus manos.

–Te deseo –gruñó él y la levantó en brazos, buscando la cama a ciegas y casi gritó cuando la encontró detrás de la única puerta del apartamento.

La dejó sobre el colchón y la observó mientras se arrancaba la ropa y agarraba protección. Se la enfundó rápidamente, viendo cómo la confusión se apoderaba de unos ojos que, un momento antes, le habían rogado que siguiera. Al inclinarse sobre ella, se sintió aliviado cuando ella le colocó automáticamente las manos sobre los hombros, pero todavía sentía ese doloroso impulso para poseerla, para tomar todo su ser. Pero ella debía estar con él o él no continuaría.

Él le recorrió el cuerpo con las manos, calentándola, arrasando todas sus dudas sobre qué estaba a punto de hacer. Él la besó, exigiendo una respuesta y, cuando la tuvo, se deslizó con facilidad dentro de su calor.

Wyndi sintió la invasión e intentó jadear, pero él la estaba besando y tuvo dificultades para concentrarse. Levantó las caderas y se encogió ligeramente, mientras con las uñas hurgaba en los músculos de sus hombros. Pero entonces el dolor fugaz desapareció y solo se sintió... llena. Y en cierta forma estaba bien, aunque era un poco incómodo.

Ella lo miró a los ojos, vio la breve sacudida y supo lo que estaba a punto de decirle, pero no quería eso en aquel momento. No quería responder ninguna pregunta ni escuchar discriminaciones. Esa plenitud era nueva e interesante, pero no parecía poder dejar de mover las caderas, necesitaba que él hiciera... algo. Sabía lo que venía después, pero no estaba segura de cómo hacer que ese hombre tan grande se moviera cuando estaba tan centrado en ser amable con ella. No quería ni necesitaba que fuera amable. Necesitaba...

—¡Sí! —jadeó ella cuando él movió las caderas. Ella levantó las suyas para corresponder a su impulso y cerró los ojos, encorvándose contra él para poder sentirle más—. Por favor, no pares —rogó.

Y él no lo hizo. Con cada impulso, ella se elevaba más. No se sentía del todo bien, pero aquellas nuevas sensaciones no eran nada malas. ¡Pero necesitaba que él se moviera más rápido! ¡Más fuerte!

Tamar observó cómo la esbelta mujer se revolcaba bajo él, encorvando su cuerpo, rogándole, y apenas pudo controlar su propio deseo de embestirla, de tomarla completamente con la necesidad que le invadía. Nunca antes una mujer le había provocado esa desesperación por conseguir la culminación, pero contuvo su necesidad con un control brutal, penetrando en ella, levantándole las caderas y moviendo las suyas propias para darle el máximo placer. Nunca hubiera sospechado que una mujer tan bella y guerrera pudiera ser virgen, pero puesto que ella lo era, o lo había sido, estaba decidido a darle todo, a mostrarle lo bello que podía ser ese acto.

Su fascinación por cómo reaccionaba ella se vio recompensada cuando ella se desmoronó entre sus brazos. Posiblemente fue el momento más erótico de su vida. Tuvo que apretar los dientes para reprimir su propia liberación durante unos instantes pero, al final, no pudo contener su propio clímax.

Cuando por fin amainó la tormenta, se derrumbó sobre ella, apenas capaz de apartarse a un lado y tomarla en brazos. Casi soltó una risita cuando su nueva belleza suspiró de felicidad, acurrucada contra él con la mano sobre su pecho, e inmediatamente se quedó dormida.

«Adiós a las recriminaciones», pensó él con una risa silenciosa. Le acarició los hombros y la espalda con los dedos y se quedó mirando al techo. Tenía un trabajo por hacer, y hacer el amor con la mujer más increíble que había conocido nunca desde luego no era parte del plan. Pero no lo lamentó ni por un instante. De hecho, repasó mentalmente todos los cambios que estaba a punto de hacer en la vida de esa amable mujer. «Tendrá que mudarse», pensó con los pies colgando del extremo de la diminuta cama. De ninguna manera le iba a

permitir que se quedara allí. Era demasiado delicada. Perecería en un entorno tan duro como ese.

Sonrió en la oscuridad, pensando en el vestuario con el que cubriría su bella figura en cuanto pudiera sacarla de ese sitio. La llevaría de compras, la vestiría con las telas de mayor calidad... y después se las quitaría, besando cada centímetro de su bella y sensible piel.

El sol estaba empezando a brillar por el horizonte cuando empezó a oírse un ruido extraño. Tamar escuchó el pitido, pero intentó ignorarlo. Nunca se había sentido tan satisfecho como se sentía tumbado con esa mujer en brazos. Era suave y sexy, y cada vez que él se movía, ella se acurrucaba contra él con más firmeza. Acostumbraba a irse una vez terminaba el sexo, ya que no le gustaba el postludio coital, que normalmente implicaba tener que acurrucarse y hablar de emociones. Pero con Wyndi parecía ser incapaz de alejarse de ella. De hecho, pese a que su teléfono móvil sonaba sin cesar, deseaba volver a enterrarse en el calor de Wyndi, apretarla contra su erección ya dura y sumergirse en ella, sentir cómo su calor lo apretaba. El sexo entre ambos había sido explosivo. Nunca antes había experimentado algo tan erótico como observar a esa mujer alcanzar el clímax entre sus brazos, ni había estado preparado para la alucinante experiencia de su propio orgasmo con las manos suaves y diminutas de ella sobre su cuerpo.

Suspiró y alargó la mano, agarrando su teléfono y, por primera vez en su vida, estuvo molesto con su trabajo. Sabía que inevitablemente haría que tuviera que irse.

—¿Sí? —dijo con sequedad pero en voz baja, para no molestar a la belleza rubia que estaba acurrucada contra su pecho.

Su mano recorría distraídamente la espalda de Wyndi de arriba a abajo. Ni siquiera era consciente de la sonrisa que tenía en la cara cuando ella se encorvó contra él mientras dormía. Pero cuando su interlocutor le dio el mensaje, su mano se paralizó, su atención estaba cautivada.

—Lo entiendo. Diles que estaré allí en breve.

Finalizó la llamada y se pasó la mano por la cara, irritado por no tener tiempo para hacerle el amor otra vez a esa mujer. Debía irse con urgencia para seguir una pista. Estaba en la ciudad para investigar a alguien que estaba hackeando archivos de su gobierno, además de archivos de algunas empresas de su propiedad. Sabía que era el mismo hacker porque la firma digital era la misma. Normalmente sus técnicos se encargarían de cosas como esa. Solo se lo habían hecho saber porque no pudieron detener a quienquiera que lo estuviera haciendo.

Pero el hacker, o equipo de hackers, no estaba robando nada, cosa que le preocupaba aún más. Esa persona accedía a sus archivos, infiltrándose y saliendo, casi desapercibida. Esto había sucedido con cada una de sus empresas y con los archivos gubernamentales durante los últimos seis meses y nada, ningún software ni código, pudo detener a esa persona. El hecho de que no robaran nada le preocupaba más a él y a sus equipos porque probablemente estaban copiando información, y esa era una mercancía muy valiosa. Estaba decidido a detener a esa persona o grupo de personas, ya que no deseaba que sus empresas ni el gobierno de Surisia quedaran comprometidos en forma alguna.

Se vistió rápidamente, observando en todo momento a la adorable mujer acurrucada en la pequeña cama, que se acercaba la almohada como si necesitara un sustituto ahora que él no estaba. Sonrió suavemente mientras se inclinaba para darle un beso de despedida.

—Volveré —susurró, aunque sabía que la mujer no podía oírle. Estaba exhausta ya que apenas la había dejado dormir en toda la noche.

Casi había amanecido y él la había tomado en brazos una y otra vez a lo largo de la noche, necesitaba sentir cómo se estremecía en sus brazos. Incluso ahora deseaba sentir sus

caricias, deseaba volver a meterse en la cama y hacerle el amor otra vez. Solo de imaginarse sus largas y esbeltas piernas alrededor de su cintura y los latidos de Wyndi cautivándole se le endureció el cuerpo. Gruñó y se dio la vuelta, agarró su corbata y se la metió en el bolsillo. Tenía que salir de allí antes de que acabara ignorando todas sus responsabilidades.

Capítulo 2

Wyndi se dio la vuelta, estirando los músculos doloridos mientras su cuerpo intentaba recordar por qué se sentía como si le hubieran golpeado repetidas veces con una piedra.

Y entonces recordó lo que había pasado durante la noche. ¿Una piedra? Más bien una roca. «O muchas rocas», pensó con las mejillas sonrojadas. Miró a su alrededor, asimilando con la mirada la cama arrugada. Todas las almohadas excepto una estaban en el suelo y el embriagador aroma de Tamar llenaba el aire. Junto a esos aromas, todos los recuerdos de la noche anterior regresaron con una claridad e intensidad alarmante. ¿De verdad había hecho todo eso con él? Enterró la cara en la almohada mientras recordaba todas las cosas que él le había exigido, todas las cosas que le había enseñado a hacer. Oh, y qué sensaciones tan increíbles había tenido. Él no permitió ni una sola vez que sus inhibiciones lo detuvieran. Se había limitado a provocarla hasta que cedió, abandonando todas sus nociones preconcebidas sobre el sexo y lo que sucedía entre un hombre y una mujer.

Echó un vistazo al lado de su cama, jadeó y se enderezó. ¡Llegaba tarde! Echó un vistazo a su reloj, gruñó y saltó de la cama. Tomó la ducha más rápida de su vida, intentando deshacerse del aroma de él pero finalmente aceptó que no lo tenía en la piel, sino en la cabeza. Ese hombre realmente la había alterado. Se puso su aburrida ropa interior y el sujetador de algodón blanco, sufriendo porque sus pezones estaban incluso doloridos por toda la atención que Tamar les había prestado la noche anterior. Un par de tejanos limpios y una camiseta rosa completaron su vestimenta antes de que saliera corriendo del apartamento, llegando solo treinta minutos tarde al trabajo.

—¡Lo siento! —dijo efusivamente a Jimmy, su jefe.

Billy ya estaba en la cocina, cocinando el desayuno para los clientes habituales mientras Linda le hacía gestos a Wyndi, indicándole que podía encargarse de sus mesas otra vez. Wyndi reunió todas las propinas y se las dio a Linda, incluso pese a que también la ayudó con sus mesas, intentando compensar el retraso de esa mañana.

Cuando el ajetreo del desayuno se calmó, Linda se acercó a Wyndi con una sonrisa en la cara y le dio un golpe con el hombro.

—¿Y qué te ha hecho llegar tan tarde esta mañana? —preguntó.

Wyndi se ruborizó, se echó el cabello hacia atrás y se puso otro lápiz a un lado para mantenerlo apartado de su cara.

—Anoche olvidé activar la alarma —contestó.

No era una mentira. Se había olvidado. Se había olvidado de comer, de dormir, de activar la alarma y de todo lo demás. E incluso esa mañana no había tenido tiempo de comprobar los resultados de sus últimas búsquedas, cosa que le sorprendió. Nada había interferido con su misión hasta Tamar y sus caricias la noche anterior.

Llevaba seis meses intentando encontrar a su hermano. Solo terminar el programa de software que le permitiría infiltrarse en las bases de datos de varias empresas para encontrar el nombre de su hermano ya le había llevado ese tiempo. Hasta la fecha, había encontrado diez Royston Carmichael diferentes, pero no había tenido suerte para encontrar a su hermano. Creía que sería fácil, pero no había esperado que otros padres pensarán que el nombre de «Royston» fuera una buena opción. Por supuesto, su programa solo le permitía buscar en las bases de datos de unas pocas empresas cada noche, así que era una búsqueda dolorosamente

lenta. Estaba trabajando en un nuevo programa para acelerar la búsqueda, pero hasta el momento se había topado con varios fallos técnicos.

–Cariño, necesitas una vida –le reprendió Linda–. Esta mañana estaba emocionada esperando que hubieras conocido a un hombre. El que se sentó ayer en esa mesa a la hora de la comida, de hecho. Él sí que parecía la clase de hombre que sabe qué hacer en la cama –rio.

Por suerte, Linda estaba rellenando los saleros y tenía la mirada en ellos, así que no vio el rubor que cubrió el cuello y las mejillas de Wyndi mientras llenaba los servilleteros. Wyndi carraspeó.

–No tengo intención de divertirme hasta que encuentre a mi hermano.

Linda se detuvo y dejó el salero sobre la mesa. La mujer mayor, con el cabello rubio oxigenado y el pintalabios rosa brillante, podría parecer una versión hollywoodiense hortera de una camarera de bar de carretera, pero tenía un gran corazón, lleno hasta reventar con la necesidad de cuidar a cada persona que se cruzara en su camino. Y en ese momento, la persona más importante en su camino era Wyndi.

–Querida, ¿y qué pasa si nunca encuentras a tu hermano? ¿Y si esta... cosa... que has creado no funciona?

Wyndi se había hecho la misma pregunta y la respuesta la aterrizzaba. Se negaba a pensar en la posibilidad de que estuviera sola en el mundo. Ella y Royston habían sido el tipo de hermanos que se peleaban y se gritaban el uno al otro, pero siempre había estado ahí para ella. Ella sabía que él era temperamental y testarudo, pero si se había metido en problemas por culpa de eso, ella lo encontraría, lo sacaría de los problemas en que estuviera y volverían a ser una familia. El sistema de acogida temporal los había separado después de que sus padres murieran en un accidente y el resultado fue una pesadilla para ella y para su hermano. Los habían separado, colocado en familias diferentes en un momento en que ella necesitaba desesperadamente a su hermano mayor. Parpadeó rápidamente para deshacerse de las lágrimas que se le habían formado con esos recuerdos. Estaba muy asustada por Royston, pensando que su temperamento podía haberle metido en problemas, incluso en la cárcel. ¡Había sido muy impulsivo de pequeño!

–Si esto no funciona, tendré que encontrar algo que sí lo haga. Nos separaron después de que murieran nuestros padres, pero era una buena persona. Sé que él también me está buscando. De algún modo, de alguna forma, nos encontraremos. Lo sé.

Linda dio un abrazo amable a Wyndi y después recogió todos los saleros rellenos y los volvió a poner en las mesas.

–Bueno, creo que al menos deberías divertirme un poco mientras buscas. ¿Qué hay de malo en disfrutar de la vida mientras buscas pistas en todos esos archivos?

Deegan Hunter, uno de los trabajadores del puerto, se dio la vuelta y sonrió alegremente.

–Estoy de acuerdo, cariño. ¡Yo puedo ayudarte con eso! –rio.

Wyndi rio suavemente, sacudiendo la cabeza ante la nueva estratagema de Deegan para conseguir que saliera con él.

–No será en esta vida, Deegan.

–Ah, cariño, ni siquiera me has dado una oportunidad.

Wyndi se dio la vuelta para encarar al hombre divorciado de treinta y cinco años. A veces tenía el comportamiento de un oso pardo, pero en realidad era un osito de peluche gigante.

–Deegan, si dejas de fumar durante un mes, lo hablaremos. ¿Trato?

Deegan se llevó automáticamente la mano al bolsillo donde guardaba el segundo

paquete de cigarrillos diario. Tenía la cara casi aterrorizada de una forma cómica y sacudió la cabeza.

–Creo que mientes –le contestó.

Wyndi rio y se encogió de hombros.

–Es posible –le retó–. Pero también es posible que tengamos la cita más maravillosa que puedas imaginar.

Deegan abrió los ojos esperanzado.

–¿Y si lo dejo en un solo paquete al día? –ofreció, intentando que ella se comprometiera.

Wyndi sacudió la cabeza al instante.

–No hay trato. Esos cigarrillos te van a matar y tienes tres hijos que mantener. Sé que Nancy podría volver a aceptarte si dejas de fumar.

Los ojos de Deegan casi se le salen al escuchar esa afirmación. Se había enamorado de su mujer en octavo y nunca había esperado conocer a otra mujer después de eso. Pero ella le había echado de casa el año anterior, exigiéndole que se enmendara o que se fuera. Él había dejado de beber cada noche, pero también empezó a fumar más. Ese hombre tenía una personalidad adictiva, pero no significaba que no pudiera encontrar una adicción más saludable en la que apoyarse.

La tarde transcurrió, pero como ser camarera no es de lo más estimulante intelectualmente, Wyndi tuvo mucho tiempo para enfadarse y sentirse resentida por despertarse y no ver a Tamar. ¡No lo había invitado a que entrara en su apartamento la noche anterior ni tampoco le pidió que se quedara! ¿Cómo se atrevía a irse por la mañana sin decir nada, sin decirle cuándo lo volvería a ver? «Bueno, quizá fuera la conclusión inevitable», pensó ella mientras dejaba de golpe accidentalmente un plato ante un cliente, por lo que tuvo que disculparse. Nunca volvería a ver a ese hombre. Fue un lío de una noche, nada más. Probablemente para él solo fuera una mujer fácil de la que los ricos creen que pueden aprovecharse. ¡Y vaya si se había aprovechado de su ingenuidad la noche anterior! Había estado tan sorprendida por la novedad del sexo que había aceptado todo lo que él le dijo que hiciera. Sí, claro, todo había sido increíble, ¡pero ella no lo necesitaba! Había tenido una vida perfectamente satisfactoria sin él. ¡Tenía objetivos, sueños y un plan para su vida y ninguno incluía a Tamar irrumpiendo en su apartamento y tratándola como una presa fácil! ¡Ni siquiera se había acordado de devolverle la ridícula propina que le dejó el día anterior!

Para cuando acabó su turno, estaba tan cansada y enfadada que apenas fue capaz de despedirse educadamente de Billy, Jimmy y Linda. Los tres salieron por la puerta, Linda y Jimmy se alejaron por la calle. Billy se montó en su motocicleta y aceleró mientras que Wyndi caminó fatigosamente hacia la estación de tren en la otra manzana de la calle. El largo viaje a casa le dio tiempo para echar chispas, sentada en el duro y sucio banco del metro, murmurando de vuelta a su solitario apartamento.

Cuando estaba a medio camino de casa, se decidió a dejar de lado la irritación que ese trato insensible le había provocado. No iba a dejar que él le arruinara los planes. ¡Ni tampoco iba a pasar un momento más pensando en ese idiota!

Así que había sucumbido a un hombre atractivo y carismático. Probablemente muchas mujeres habían caído presa de su encanto fácil. Lo superaría. Seguiría adelante. «Y desde luego que no voy a dejar que me haga sentir barata», se dijo a sí misma al mismo tiempo que se limpiaba las lágrimas de la cara.

De camino a casa pasó por el mercado y compró leche y varias cosas más. Odiaba ir de compras, pero lo había dejado pasar hasta un punto en que era urgente. Ni siquiera había

tenido leche para sus cereales la noche anterior. ¡De hecho, se había olvidado de comer! Y como no se había despertado con tiempo suficiente esa mañana, tampoco había tomado el desayuno, así que solo comió un sándwich de queso a la plancha para comer y ahora se moría de hambre. Quería prepararse un gran plato de pasta con mucho queso y unas verduras salteadas, quizá un poco de pan crujiente y mucha mantequilla de ajo. Se le hacía la boca agua solo de pensar en las posibilidades. Solo había un problema. Bueno, en realidad había varios, mientras miraba la sección de quesos del mercado local. No le gustaba cocinar, no sabía cómo hacer lo que quería y tampoco podía permitirse comprar los ingredientes.

Suspiró, siguió caminando por el pasillo y metió una botella de leche, un poco de mortadela de Bolonia, pan, crema de cacahuete y otra caja de cereales. Añadió algunas manzanas y un par de latas de judías verdes, pero con eso ya cubría el presupuesto para la compra de la semana.

«Cereales será», pensó mientras arrastraba la compra escaleras arriba. Estaba haciendo malabarismos con su bolso, las pesadas bolsas de la compra y las llaves, intentando meter la llave en la cerradura, cuando apareció una mano oscura que se la quitó de las manos. Su modo de pelea se activó automáticamente y se giró. Wyndi dejó caer las bolsas, completamente preparada para una pelea si alguien intentaba robarle. Pero no tuvo la oportunidad de dar un golpe.

–Tranquilo, tigre –dijo suavemente Tamar con una risita a la vez que colocaba las manos sobre la cintura de Wyndi–. Solo soy yo. Intento ayudarte.

Wyndi estaba tan furiosa que se apartó de sus brazos, sin importarle que ahora la compra estuviera esparcida por el pasillo.

–¿Qué estás haciendo aquí? –exigió ella.

Tamar le sonrió, ignorando cómo ella le empujaba el pecho con las manos mientras él volvía a rodearle la cintura con las suyas.

–Estoy aquí para llevarte a cenar– explicó, besándole el cuello–. Anoche no tuvimos la oportunidad.

–¡Y entonces te fuiste a hurtadillas esta mañana!

Quedó sorprendido por su ira, no la entendía.

–¿Cuál es el problema, pequeña? –preguntó amablemente, con aspecto preocupado–. Parecías muy sensual y seductora esta mañana. Iba a despertarte pero pensé que quizá estuvieras un poco sensible.

Ella se movió incómoda, deseando que él no hubiera dicho algo tan considerado, porque sí había estado sensible. Incluso ahora, podía sentirse algunas partes de su cuerpo que habían sido usadas en exceso la noche anterior.

–No soy un lío de una noche –le dijo ella–. Tendrás que buscarte otra mujer.

Tamar soltó una risita y sacudió la cabeza.

–No creo que sea posible –contestó.

Ella levantó una ceja de color rubio miel, aunque el gesto no le resultó tan efectivo como le resultaba a él con sus cejas negras.

–¿De verdad? ¿No puedes elegir a otra ingenua mujer y llevártela a la cama para un polvete?

Tamar escuchó esas palabras pero no estaba seguro de por qué se estaba enfureciendo tanto.

–¿Por qué no te cambias de ropa y hablamos de tu ira durante la cena? –sugirió.

Ella se apartó de sus brazos y se arrodilló para recoger la compra y volver a meterla en sus bolsas de tela.

–No me voy a cambiar de ropa, no voy a salir a cenar contigo y ya no voy a seguir hablando de nada contigo –cuando hubo metido toda la compra en sus bolsas, se puso en pie, se colgó el bolso al hombro y metió la llave en la cerradura de un golpe–. Buenas noches, Tamar –dijo por encima del hombro y entró al apartamento, con la intención de cerrar la puerta detrás de ella.

Pero parecía que las intenciones tendían a no seguir el plan cuando él estaba cerca. Cuando se abrió paso al apartamento, ella se giró y lo fulminó con la mirada.

–¡Fuera! –espetó.

Él le sonrió amablemente.

–Wyndi, eso no es lo que quieres en realidad. ¿Por qué no me dejas que te saque de aquí? –dijo echando un vistazo al diminuto apartamento–. Tengo apartamentos en Manhattan o París. Te puedo instalar en cualquiera de ellos y tendrás mucho más espacio, dinero para comprar ropa cómoda y sirvientes que te esperarán para que ya no tengas que llevar la compra.

Lo que él sugería la horrorizó.

–¡No soy una puta! –le escupió–. ¡Ahora sal de mi apartamento!

Hubiera señalado a la puerta si no tuviera las manos ocupadas cargando la compra. La dejó sobre la pequeña encimera, arrojó su bolso a la única silla y se giró para fulminarlo con la mirada.

–No creo que seas eso de ninguna manera –respondió Tamar, irritado porque ella viera esas connotaciones en lo que le ofrecía.

–Oh, ¿de veras? ¿Así que me estás proponiendo matrimonio? –preguntó ella sarcásticamente.

Ella ya sabía la respuesta incluso antes de que él respondiera solo por la cara que puso.

–Podríamos disfrutar el uno del otro –contestó él.

Ella sacudió la cabeza, de repente estaba demasiado exhausta para seguir discutiendo con él.

–Mira, Tamar, no creo que esto... –hizo gestos con las manos entre los cuerpos de ambos–, vaya a funcionar. Somos demasiado diferentes. Venimos de mundos diferentes. Además, hay cosas en mi vida que necesito hacer. Tú te estás interponiendo.

Él se negó a permitir que lo echara tan fácilmente.

–Estás cansada. ¿Por qué no me dejas que te lleve a cenar para que podamos hablar del tipo de relación que podemos tener? También me gustaría escuchar tus planes de vida.

Eran palabras dulces, pero ella se negó a dejar que la persuadiera. Tenía labia, era capaz de conseguir lo que quería simplemente gracias a la profusión de encanto que evocaba a su antojo.

–¿Por qué? –preguntó ella, incapaz de evitar que se le escapara la pregunta.

Él se acercó y la agarró de las manos cuando ella intentó dar un paso atrás.

–Porque te encuentro fascinante –replicó él–. Disfrutaría sinceramente de tu compañía para cenar esta noche.

Wyndi se dio cuenta de que estaba demasiado cansada y demasiado vulnerable para resistirse a un hombre como Tamar. Apoyó la frente contra el pecho de él, respiró hondo e intentó encontrar su determinación. Pero también estaba demasiado hambrienta.

–¿Podemos comer pasta? –preguntó con voz gruñona–. ¿Con mucho queso y pan de ajo?

Él rio y se la acercó más, rodeándola suavemente con los brazos.

–Desde luego –contestó.

Ella suspiró y lo miró.

–En realidad no tengo ninguna ropa bonita –dijo en voz baja y avergonzada.

–¿Me permitirías que te comprara un vestido? –preguntó él, mirándole el delicado cuello, decepcionado porque esa noche llevara sujetador. La noche anterior había disfrutado metiéndose debajo de su camisa y descubriendo sus pechos libres y tentadores.

Ella rio y sacudió la cabeza.

–Ni hablar –le respondió–. Tendremos que cenar en un lugar que permita una etiqueta más casual.

Él levantó una ceja ante la orden, divertido porque ella creyera que se saldría con la suya.

–¿Estás lista para salir? –preguntó él.

Ella se miró los tejanos desaliñados, frotándose las manos en las caderas.

–Puedo cambiarme y ponerme algo un poco más presentable.

Tras decir eso, se dio la vuelta y se dirigió a su habitación, cerrando la puerta detrás de ella.

Tamar casi rio porque cerrara la puerta. La noche anterior había visto, tocado y saboreado cada parte de su cuerpo. No había ningún lugar que no hubiera explorado, ¿pero esa noche necesitaba cerrar la puerta para cambiarse de ropa? «Adorable», pensó.

Ella salió un momento después y él quedó asombrado por la transformación. Se había metido en la ducha, pero en lugar de tener el cabello mojado, se lo había recogido en la parte alta de la cabeza y se dejó pequeños rizos colgando para resaltar sus delicados rasgos. Pero la mayor transformación era la bonita falda rosa y la camisa. Seguía vistiendo de forma casual, pero ya no llevaba los tejanos. Y él pensó que estaba preciosa. También le alegró que se hubiera esforzado en vestirse para él. Incluso se había maquillado. No mucho, solo un toque de pintalabios rosa y rímel para hacer que sus ojos azules parecieran más grandes, casi brillantes.

–Estás preciosa –dijo él, consciente de que su voz sonaba un poco más ronca, y estiró la mano hacia ella.

Ella le tomó la mano y él la condujo fuera del apartamento. Cuando vio la larga limusina negra aparcada frente al edificio con el chófer esperando junto a la puerta trasera, ella retrocedió un poco.

–¿Qué es esto? –preguntó, de repente se sentía nerviosa.

–¿Transporte? –sugirió él, inseguro de lo que le pasaba por su encantadora cabeza.

–¿No podemos ir en taxi? –preguntó, intentando apartar la mano de la de él, pero él la sostenía con firmeza, sin permitirle que se apartara.

–Me temo que no es una opción –contestó–. Pero te prometo que este vehículo es muy seguro.

Ella suspiró, irritada por esta última revelación respecto a sus mundos respectivos.

–Tamar, no vamos...

Él se agachó y la besó, interrumpiendo la protesta que se disponía a soltar.

–Entra en el coche, Wyndi –le dijo con firmeza, estirándole de la mano para animarla–. No te morderá, no chocará y no soy un hombre distinto al que era hace cinco minutos.

Ella entró en el coche, pero su mente trabajaba febrilmente, intentando descubrir qué pretendía él. Un hombre como ese, obviamente rico, no salía con mujeres como ella. Era pobre, una camarera. Quizá tuviera estudios universitarios, pero solo porque el estado los había pagado. Y por culpa de la mala situación económica, no había podido encontrar un trabajo de verdad. Bueno, por eso y por su falta de experiencia.

Por otro lado, Tamar era obviamente una persona importante con mucho dinero a su disposición. ¿Qué podía ver en ella?

El restaurante frente al que pararon era uno de los mejores de Manhattan. Había una lista de espera de meses para conseguir una reserva.

–No podemos entrar ahí –dijo, mirando al portero con inquietud.

Él la tomó de la mano y estiró suavemente, sonriéndole.

–Por supuesto que podemos. Solo tenemos que salir del coche y avanzar con los pies. Lo hago siempre.

Ella se rio por su broma, pero no cedió.

–Ya sabes a qué me refiero. No podremos conseguir una mesa aquí.

No solo consiguieron una mesa en cuanto Tamar entró, sino que se sentaron inmediatamente en una de las mejores mesas del restaurante. Por desgracia, el menú estaba completamente en italiano. Wyndi había estudiado español en el instituto y francés en la universidad, pero estaba perdida con el italiano. Tamar debió ver su mirada preocupada porque, en cuanto llegó el camarero, pidió por ella en un italiano perfecto. El camarero hizo una reverencia y agarró ambos menús antes de retirarse para pasar la comanda.

Ella lo miró con una ceja levantada por encima de sus ojos azules.

–¿Qué voy a cenar? –preguntó.

Él rio por su adorable expresión de irritación.

–Exactamente lo que has pedido. Pasta con montones de queso y pan untado con mantequilla de ajo.

El sommelier llegó en ese momento y les presentó una botella de vino para que Tamar la aprobara y, a continuación les sirvió a ambos y la dejó al lado antes de retirarse.

–Oh, vaya –jadeó ella tras dar el primer sorbo–. Es maravilloso.

Él le sonrió por encima de su copa de vino.

–Me alegra que puedas apreciar un buen vino.

Ella rio, decidida a ignorar todos los motivos por los que no debería estar ahí y se limitó a disfrutar del ambiente y de la compañía. Tamar fue un compañero de cena encantador, capaz de hablar de todo tema con inteligencia y humor. Ella descubrió que trabajaba para el gobierno surisio, que en realidad era miembro de la familia real, y se le hundió el corazón en el pecho. «Un príncipe», pensó desesperada. De ningún modo en absoluto podía haber un futuro entre un príncipe y una camarera.

La pasta era todo lo que él le había prometido. La salsa roja era deliciosa y sabrosa, y el queso era sorprendentemente cremoso con un poquito de acidez que le daba mucho sabor. Había una salchicha picante y champiñones tiernos, y lo devoró todo con avidez. Rio mientras él le explicaba historias, escuchó atentamente lo que le contaba acerca de sus empresas y se sorprendió al relatarle a él sus propias vivencias universitarias. No mencionó la muerte de sus padres ni la pérdida de su hermano tantos años atrás para no arruinar la noche con esa tristeza. Tampoco mencionó que había crecido en casas de acogida, criada por el estado, ni la búsqueda de su hermano. Eran secretos que no había compartido con nadie, eran demasiado dolorosos.

Cuando él la ayudó a entrar en el coche después de la increíble comida, se sintió rara e incómoda, pero también estaba decidida a no volver a meterse en la cama con él.

–Ven conmigo –le ordenó él, llevándose la mano de Wyndi a los labios.

Ella esperaba algo más que un simple beso en los dedos, pero él convirtió ese contacto en una caricia seductora, atrapó con la boca uno de sus dedos y le mordisqueó la punta. Cuando se le encendió todo el cuerpo con un fuego que le abrasaba el estómago, jadeó.

–No –susurró, intentando apartar las manos–. Gracias por la cena, Tamar, pero no puedo seguir viéndote.

–¿Por qué no?

–Porque eres un príncipe. Y yo soy una camarera.

–Eso son títulos, no quiénes somos por dentro.

Ella sonrió un poco insegura.

–No podemos huir de nuestras responsabilidades. Y yo tengo muchas responsabilidades importantes.

Él estaba intrigado.

–Cuéntame.

El coche avanzaba, las luces de la ciudad pasaban veloces junto a ellos.

–Son privadas.

–Cuéntame –repitió él.

Ella se rio por su testarudez.

–No.

Él también rio, encantando porque ella no intentara manipularlo de alguna forma. Normalmente las mujeres intentaban sacarle todo el dinero que podían antes de que él pasara a la siguiente mujer, pero esta adorable dama en realidad le estaba rechazando por su riqueza y su posición. Ya se sentía locamente atraído a ella antes, pero saber esto solo le tentaba más.

–¿Por qué no?

–Porque son privadas –volvió a explicar ella–. Es algo que debo hacer.

–¿Y no aceptarás ayuda de nadie?

Ella sonrió con tristeza.

–No hay nada que puedas hacer para ayudar. Es un problema personal.

Para entonces, ya habían llegado a su edificio y ella salió, preparada para despedirse de él, pero él ya estaba saliendo de la limusina.

–Puedo subir sola a mi casa –dijo, nerviosa.

Tamar sonrió ligeramente, plenamente consciente de lo que intentaba hacer ella, pero no se lo iba a permitir.

–Te acompañaré arriba –le dijo con firmeza, poniéndole una mano en la parte baja de la espalda y conduciéndola por las escaleras.

Una vez ante su puerta, ella buscó torpemente las llaves, intentando pensar cómo evitar que él entrara en el apartamento. Sabía que si él la tomaba en brazos, no sería capaz de decirle que no. Incluso mientras lo tenía detrás de ella podía sentir el calor de su cuerpo en la espalda. Quería girarse y sentir cómo la rodeaba con sus brazos, experimentar la misma magia de la noche anterior, pero también tenía miedo. Estaba asustada por lo que él la hacía sentir. Había algo más que el sexo. Ella había reído con él esa noche. Había sido amable y generoso. Había descubierto que era interesante, inteligente y encantador. ¡Le gustaba! Y eso la asustaba aún más que esa loca atracción que sentía por él. No quería que le gustara. No había un futuro para los dos, así que tenía que rechazarlo, mantenerlo alejado.

–Abre la puerta, Wyndi –dijo él, moviendo las manos por la cintura de ella, apretando la espalda de Wyndi contra su pecho. Se agachó para acariciarle el cuello con la boca y ella se estremeció.

–No puedes entrar –dijo, pero tenía la cabeza inclinada hacia atrás mientras él le acariciaba la oreja con los labios.

–Tú no quieres venir a mi casa –le dijo él–, así que voy a entrar. En realidad no quieres que me vaya.

Tenía razón. Lo deseaba. No había duda de ello. ¿Pero realmente eso era lo mejor para ella? ¿Para ambos? No tenían un futuro juntos. Acabarían haciéndose daño mutuamente.

–No funcionará

–Lo haré, si abres la puerta –dijo él, pero no esperó a que ella obedeciera, le quitó las llaves de las manos y abrió la puerta él mismo.

Empujó la puerta y metió a Wyndi dentro. Allí, la tomó en brazos y con eso se terminó su negativa. Estaba perdida ante sus caricias, su calor, y todo lo que pudo hacer fue seguirle mientras la llevaba al dormitorio y al cielo cuando la tomó en brazos.

Capítulo 3

Tamar miró fijamente su teléfono móvil, irritado. Era la segunda mañana seguida que le llamaban antes del amanecer y empezaba a cansarse. Se movió con cuidado para no molestar a Wyndi. Dormía profundamente, con la cabeza apoyada sobre su hombro, justo donde él la quería. Bueno, para ser completamente sincero, él quería que estuviera en el apartamento que tenía disponible para sus amantes. Tenía una cama muy grande y cómoda donde no se le salían los pies de la cama, y era muchísimo más confortable.

Agarró su teléfono y miró quién llamaba, y entonces suspiró, consciente de que debía contestar.

–¿Qué? –exigió, irritado. Escuchó, con su atención puesta en lo que escuchaba–. Vale. Sí, aquí hay un ordenador. Creo que puedo echar un vistazo –le dijo a su interlocutor.

Se puso en pie y se acercó al portátil de Wyndi, que había visto antes al lado del sofá. Lo abrió y pulsó varias teclas que le permitieron saltar la pantalla de bloqueo.

–Vale, envíamelo –le dijo a la persona que había al otro lado del teléfono.

Esperó varios segundos y entonces recibió el archivo en su correo electrónico. Introdujo un código y apareció toda la información. Usó su propio programa y por fin fue capaz de leer el archivo encriptado. Al obtener la nueva información, tuvo una sensación entusiasta de satisfacción, ya que sabía que estaba mucho más cerca de encontrar al responsable que se infiltraba sistemáticamente en los archivos de sus empresas y en los archivos gubernamentales de Surisia. Pensó con rapidez, mientras sus dedos volaban sobre el teclado.

–Bien, prueba esto –dijo y le dio más instrucciones a su técnico jefe.

Después, cerró la sesión de su correo electrónico y volvió a la pantalla del ordenador. Pero en cuanto salió de su correo, echó un vistazo a los archivos de Wyndi. No tenía intenciones de mirar, pero algo le llamó la atención. El símbolo del fondo de pantalla... ¡Era la misma firma que la del hacker!

Ejecutó algunos programas más, un código que había desarrollado para rastrear al responsable y... ¡Maldición! Casi no podía creerse lo que veía. La pantalla le mostraba las evidencias, pero igualmente necesitaba mirar con detenimiento la información, asimilarla. E incluso entonces, quiso sacudir la cabeza y negar la posibilidad. ¡No podía ser!

Echó un vistazo a la habitación, miró fijamente a la mujer de aspecto inocente que estaba acurrucada en la cama, entre las sábanas enredadas. ¿El hacker era Wyndi? ¿Cómo era posible?

Llamó a su jefe de seguridad y le pidió que consiguiera más información sobre Wyndi Carmichael, estaba decidido a descubrir si de verdad era la mujer que empezaba a sospechar que era, o si era otra persona. No podía creerse las pruebas que tenía ante sus narices. Hizo algunas búsquedas más y, en efecto, todo el cifrado que había estado rastreando estaba ahí mismo, en el portátil de Wyndi. También se dio cuenta de que ella había configurado barridos automáticos para profundizar en las bases de datos de varias empresas más. No todas eran empresas suyas, pero algunas lo eran, otras eran empresas más pequeñas que conocía, pero que no le importaban en realidad. Pensó que debería estar aliviado de que no solo tuviera como objetivo sus empresas, sino que también había ampliado sus actividades ilegales a varias corporaciones.

Una ira feroz se apoderó de él y pulsó varias teclas más. Se apoyó contra los rugosos cojines del sofá y, analíticamente, tuvo que admitir que era muy buena. Su código era creativo y estaba bien pensado. Si él no hubiera tenido un equipo para hacer frente a las ciberamenazas a cargo de su infraestructura digital, probablemente no habría sabido que ella había entrado y salido con tanta rapidez.

¿Qué diablos hacía ella con la información? Buscó en algunos archivos más, sin preocuparle lo más mínimo que estuviera invadiendo su privacidad, pero no pudo encontrar ninguna información que le dijera lo que ella hacía con esos datos. Si era inteligente, almacenaría la información obtenida de forma ilícita en otro sitio o la vendería directamente. En cualquier caso, no le iba a permitir que se saliera con la suya, sin pagar por el robo.

Pero necesitaba saber a quién le vendía la información. Sus empresas podrían ser vulnerables, igual que Surisia, y eso no lo podía permitir. No solo era su responsabilidad proteger a su país y procurar sus intereses, era su pasión. No permitiría que nadie amenazara a su patria, aunque la persona en cuestión tuviera los pechos más suaves, la sonrisa más increíble o el trasero más bonito que hubiera visto nunca.

Entró en la ducha diminuta, furioso incluso porque ella no le hubiera permitido sacarla de ese pozo para instalarla en su apartamento, donde estaría rodeada de lujos. Era un amante generoso y ella lo sabría si no fuera tan testaruda.

Lo que le hizo pensar en otra cosa. Si estaba vendiendo la información corporativa a la competencia o a enemigos de Surisia, ¿qué hacía con el dinero? Ciertamente, no lo gastaba en ropa ni en su hogar.

No importaba. Descubriría todos sus secretos, conseguiría una lista de todos aquellos a los que había vendido la información y después la entregaría a las autoridades.

Cuando volvió a estar vestido, contempló a la bella durmiente, asombrado por la rapidez con que su cuerpo reaccionó solo por verla.

Apretó los dientes, furioso consigo mismo por ser tan débil. Miró con rabia a Wyndi, cabreado porque tuviera tanto poder sobre él. Cayó en su trampa y el día anterior la había buscado voluntaria y desesperadamente, como si la necesitara para seguir respirando.

«Se acabó», se prometió a sí mismo en silencio mientras metía la ropa de Wyndi en una bolsa. Hoy se aseguraría de tener el control. «Sí», pensó, imaginando las bonitas y delicadas muñecas de Wyndi atadas por encima de su cabeza, de forma que él podría hacerle lo que quisiera a su cuerpo adorable y sexy. La idea de tenerla a su merced, de controlarla y al mismo tiempo recuperar el sentido de su propia identidad, era embriagadora.

Se agachó y la levantó en brazos. Un caballero la hubiera despertado y le hubiera dicho lo que iba a hacer, pero en ese momento no se sentía muy caballeroso. De hecho, se sentía sin dudas como un cavernícola. Hizo un gesto con la cabeza a su chófer, que se levantó de un salto y le abrió la puerta. Tamar ni siquiera dudó cuando entró en el vehículo y le entregó la bolsa con un par de tejanos y una camiseta a su chófer para que la guardara en el maletero.

Un instante después, la puerta se cerró y emprendieron la marcha, en dirección al aeropuerto. Wyndi ni siquiera se movió mientras él la sostenía en sus brazos. Debería habérsela quitado de encima y haberla dejado dormir en el asiento, pero algo en su interior no se lo permitía. Se dijo a sí mismo que era porque no quería que se despertara antes de que estuvieran volando. Sería más sencillo para todos, incluida ella misma, si dormía durante todo el despegue.

Cuando llegaron al aeropuerto y el coche paró justo delante de las escaleras de su avión privado, estaba sorprendido, pero aliviado, de que ella siguiera durmiendo. «Debe estar exhausta», pensó, pero en seguida apartó todo sentimiento de culpabilidad. «Es mi

prisionera», se dijo a sí mismo. «No habrá compasión para quienes no respetan la ley».

Capítulo 4

Wyndi se despertó y miró a su alrededor, comprendiendo al instante que ya no estaba en su apartamento. Pero era extraño porque había dormido durante mucho rato sin que la perturbaran las pesadillas que la molestaban normalmente. Muy a menudo, se despertaba gritando, retorciéndose cuando la pesadilla invadía sus sueños.

Pero hoy se sentía más revitalizada de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Por desgracia, por otra parte no sabía dónde estaba. Miró a su alrededor y vio una cama lujosa y armarios elegantes, pero no le encontraba ningún sentido. Incluso la cama era más blanda de a lo que estaba acostumbrada. Desde luego que no era el colchón que había comprado por veinte dólares en la tienda de segunda mano que había cerca de su apartamento.

Aún no estaba vestida y al darse cuenta de eso, recordó todo lo que había pasado la noche anterior. Una vez más, Tamar la había tomado en brazos y la había besado. A partir de ese momento, ella estuvo a su merced, desesperada por que la tocara y por tocarlo. Había sido una experiencia fascinante y se estremeció al recordar lo satisfecha que se sintió después de cada clímax. ¿Era eso normal? No creyó que lo fuera, si lo que decían sus amigos y compañeros de trabajo podía servirle de pista.

Encontró sus tejanos y una camiseta roja sobre la silla que había al lado de la ventana, pero eso solo la confundió más. ¿Dónde estaba? El miedo empezó a crecer a medida que asimilaba más detalles. Empezó a entender que no estaba en una simple habitación. ¡Era un avión! ¡Estaba volando!

Se puso en pie agarrando la sábana porque, aparte de su ubicación, nada había cambiado. Seguía desnuda, aún sentía el dolor entre sus piernas y tenía los músculos doloridos por el esfuerzo tras las caricias de Tamar de la noche anterior.

¿Pero dónde estaba? Empezó a abrir puertas y descubrió un cuarto de baño. Ahí se ocupó de sus necesidades, incluida una ducha rápida, sin molestarse en disfrutar de los lujosos champús y jabones que tenía a su disposición. En otro momento quizá los hubiera valorado, pero cada vez estaba más aterrorizada por lo desconocido de su situación.

Regresó al dormitorio y se puso rápidamente la ropa interior, los tejanos y la camiseta, y después salió por la otra puerta. Ni siquiera mirar por las ventanas le dio otra pista de dónde estaba, porque solo había nubes debajo, nada que le indicara una ubicación.

Abrió la puerta, buscando cualquier cosa que le diera una respuesta. Cuando su mirada se posó sobre Tamar, que estaba sentado en una gran butaca de cuero de color crema leyendo un periódico, suspiró de alivio.

—Tamar, ¿dónde estamos?

Tamar se contuvo para no ponerse en pie y saludarla como hubiera hecho normalmente. Tuvo que recordarse a sí mismo que ella era su prisionera, no su invitada. Eso sí, una prisionera encantadora y muy sexy que después de la ducha seguía pareciendo sensual y tentadora. Se reprendió a sí mismo cuando vio que las ojeras habían desaparecido de debajo de sus ojos. «No me importa cómo duerma», se dijo a sí mismo con firmeza. No le preguntaría por qué había estado tan cansada desde el momento en que la conoció. Sabía la respuesta. ¡No dormía por la noche porque estaba demasiado ocupada infiltrándose digitalmente en empresas para copiar su información!

¡Maldita fuera! ¡Había empezado a pensar que era diferente a las demás mujeres! Le había engañado haciéndole creer que no era una oportunista avariciosa, pero era peor que el resto. En el pasado había jugado a los juegos de las mujeres, siguiendo la corriente a sus amantes cuando estaba complacido, pero ignorando sus manipulaciones femeninas cuando estaba irritado.

¡Wyndi había sido diferente! ¡Al menos eso pensaba hasta que descubrió su perfidia!

–Vamos a un lugar seguro. No temas, querida mía. Si me dices lo que necesito saber, no sufrirás daño alguno.

Wyndi escuchó las palabras, pero tuvo que repetir las otra vez mentalmente porque no estaba segura de haber escuchado correctamente.

–Un lugar seguro –repetió como un loro, preguntándose qué había pasado con el amante cariñoso y exigente de la noche anterior.

Él plegó cuidadosamente su periódico y lo dejó sobre la mesa que tenía al lado.

–Sí. Un lugar donde podamos hablar sin que nos molesten y puedas darme toda la información sobre lo que has estado haciendo.

Ella parpadeó, insegura de a qué se refería pero desde luego segura de que ahora estaba asustada.

–Tamar, ¿de qué hablas? –exigió saber ella, cerrando las manos en puños para que no la viera temblar-. ¿A dónde vamos y por qué?

Él la observó durante un largo rato, pensando cuál era la mejor forma de obtener la información que necesitaba. Por fin, hizo un gesto hacia el asiento que había ante él, indicándole que se sentara. Cuando ella se limitó a fulminarlo con la mirada, contuvo la diversión que le causaba su testarudez.

–Como digo, vamos a un lugar seguro donde me explicarás todas tus actividades ilegales, me dirás a quién vendiste la información y qué datos vendiste, y después, dependiendo de cuánto hayas cooperado, decidiré si te entrego a las autoridades o no.

Wyndi tragó saliva dolorida, sentía ganas de vomitar. ¡La habían atrapado! Y no era la policía o una autoridad que regule el ciberespionaje, sino un hombre en el que había confiado. Se había acostado con ese hombre, había hecho el amor con él y lo dejó entrar en ella. Le había rogado, implorado que la tomara y él había hecho crecer tanto esa necesidad que había quedado a su disposición.

–¡Cabrón! –resopló ella y tuvo que sentarse porque ya no le sostenían las piernas-. Lo que has hecho... las cosas... –se detuvo, sintiéndose enferma de pensar en las cosas que habían hecho juntos. Sacudió la cabeza y se miró los dedos, una sensación de dolor y humillación le recorría todo el cuerpo-. Me has usado.

Tamar no podía creer la ira que explotó dentro de él. Estaba seguro de que nunca había estado tan furioso en toda su vida.

–¿Yo te he usado? Qué divertido, querida mía, puesto que eres tú quien se ha infiltrado en mis empresas y mi gobierno para robar información. ¿Cuánto dinero has ganado vendiéndoles información confidencial a mis competidores? –exigió saber-. ¿Cuántos secretos de estado has descubierto y vendido a los enemigos de Surisia? ¿Somos vulnerables de algún modo?

Ella se quedó boquiabierta mientras él hablaba, aturdida por sus palabras y sus acusaciones.

–¿De qué estás hablando? –preguntó, intentando buscar el sentido a toda la situación.

–Tu programa, el que tú has desarrollado –espetó él, acercándole su portátil-. Está diseñado para entrar en los archivos de empresas y buscar información.

Ella entendió que no le estaba preguntando nada, la estaba acusando. –¿Crees que he creado ese código para robar información y venderla? ¿Vendérsela a quién? –preguntó ella, aún sin saber de qué hablaba él.

–¡No me mientas! –gritó él–. ¡Y no intentes hacerte la tonta! ¡La persona que ha creado este código es brillante!

Ella cruzó los brazos sobre su pecho agresivamente y proyectó la barbilla hacia afuera porque estaba muy asustada e intentaba ocultarlo bajo una fachada de desaffo.

–No soy estúpida. Ni tampoco intento convencerte de que lo sea.

–¿Me estás diciendo que tú no has creado este código? –exigió él, inclinándose hacia delante con los ojos ardiendo de ira.

–Sí lo he creado –confirmó ella.

El temperamento de Tamar subió varios niveles. Sentía que la furia que le causó esa traición a su confianza y las numerosas pruebas de lo estúpido que ella le había hecho parecer le consumía lentamente. Pero cuando ella lo admitió, una pequeña parte de algo en su interior se relajó.

–Me alegra saber que una pequeña parte de ti puede ser honesta –contestó–. Así que ahora vas a hacer dos listas. La primera con toda la información que has conseguido con tu programa y la otra con el nombre de cada persona a la que le has vendido la información. Quiero la información de contacto, nombres, empresas y cargos si los sabes, y si no los sabes, adivínalos según tus conversaciones. También quiero todos los correos electrónicos o comunicaciones digitales que hayas tenido con tus contactos.

Tras decir eso, le empujó una libreta y dejó un bolígrafo encima de un manotazo. Wyndi miró furiosa al hombre que la había tenido en brazos con tanta ternura solo unas horas antes. ¿Qué había pasado? ¿Por qué estaba haciendo eso? Y entonces miró a su portátil. Estaba ahí, tan inofensivo y aun así, obviamente era la manzana de la discordia entre ambos.

Una mujer más inteligente le habría contado lo que quería saber. Pero básicamente la había secuestrado, la había acusado de un crimen horrible y ahora debatía su futuro sin escuchar ninguna prueba. Por desgracia, ella tenía una vena muy testaruda, una que no le permitía darle a él lo que pedía por el simple hecho de que se estaba comportando como un ser humano horrible.

Si él hubiera encontrado las pruebas en su apartamento y le hubiera preguntado, es posible que al menos le hubiera contado parte de la historia. Nunca podría contársela toda. Tenía que proteger a su hermano hasta que supiera qué le había sucedido. Royston había sido más testarudo y desafiante de lo que Wyndi jamás fue, y ella temía que pudiera haber tomado un mal camino. La posibilidad de que hubiera muerto no era algo que quisiera tener en cuenta ni siquiera. Necesitaba mantener la esperanza de que siguiera ahí fuera. Y si estaba en problemas, ella le ayudaría a arreglarlo. De algún modo, de alguna forma reuniría a su familia, aunque solo quedaran ellos dos.

Agarró la libreta y el bolígrafo, mirando furiosamente a Tamar en todo momento. Sabía por la mirada en sus ojos que esperaba una lista larga y detallada. Incluso se había acomodado en su silla, como si fuera una especie de rey que estaba a punto de conceder un favor a uno de sus súbditos. Bueno, quizá fuera un horrible miembro de la familia real de algún reino, pero a ella ya no le importaba. Se negaba a que le importara porque él no había confiado en ella. Ella le había entregado su cuerpo y él correspondió ese regalo con desconfianza y secuestrándola.

Tamar la miró con furia, sorprendido porque ella agarrara la libreta y empezara a escribir. Pero supo que no había sido del todo honesta cuando se la entregó solo unos

segundos después. Él le mantuvo la mirada durante un largo rato, intentando descubrir a qué jugaba. Cuando miró lo que había escrito, tuvo que admitir que su pensamiento anterior estaba equivocado. Cuando leyó las palabras «¡Vete al infierno!» en su interior explotó una furia de llamas candentes. Su suposición anterior de que nunca había estado tan enfadado quedó enterrada por la intensidad de lo que sentía en ese momento.

Y ella simplemente estaba allí sentada, fulminándolo con la mirada como si no acabara de encender la mecha de su temperamento. Pero él pudo contener la furia infernal con un autocontrol despiadado. Con calma y con mucho cuidado, dejó la libreta sobre la mesa que tenía al lado y contempló la belleza que estaba sentada ante él, desafiante.

–No quieres ponerme a prueba, querida mía. No tienes ni idea de con quién estás tratando.

Ella levantó la barbilla un poco más y se resistió a las lágrimas, negándose a ceder hasta que estuviera sola.

–Oh, pero sí lo sé. Estoy sentada ante el peor ejemplo de hombre que he conocido nunca.

En ese momento, ella hubiera escapado, hubiera intentando encontrar alguna forma de salir de allí, pero como estaban en un avión, no tenía a dónde ir. Así que se quedó sentada, con los brazos cruzados sobre el pecho y mirándole con furia.

Soltó un suspiro de alivio cuando sonó un teléfono que había sobre la mesa junto a Tamar. Él siguió mirándola fijamente mientras lo agarraba y contestaba a la llamada. Por desgracia, ella no tenía ni idea de qué decía porque hablaba en otro idioma. Así que tenía que quedarse sentada ahí, intentando pensar en cómo librarse de esa pesadilla.

Él colgó el teléfono y estaba a punto de hablar, pero una bella asistente de vuelo salió de la parte delantera.

–Siento interrumpirle, Su Alteza, pero el piloto ha informado que aterrizaremos en aproximadamente cinco minutos.

Tamar vio que la expresión de sus preciosos ojos azules cambiaba de desafío a ansiedad y sonrió sin compasión, reflexionando su siguiente paso.

–Sí, deberías estar muy preocupada, querida mía. Ahora estás en mi país, regido por mis leyes. Y mi autoridad.

–¡Tú no gobiernas aquí! –jadeó ella, aterrada por lo que pudiera hacerle.

Imagino una celda horrible y húmeda donde quedaría olvidada. Desde luego ese no era el futuro con una familia y lleno de rosas que había deseado. Él soltó una risita y sacudió la cabeza mientras se apretaba el cinturón del asiento.

–No, no soy el gobernante. Pero mi primo sí. Y te puedo asegurar que tendré plena autoridad sobre ti, amor mío.

Ella jadeó, aterrada por las posibilidades.

–¡No soy tu amor! –exclamó, aferrándose a la única cosa que podía controlar en ese momento.

Él rió entre dientes.

–No. No había ningún amor perdido entre nosotros, ¿verdad? Era una explotación mutua. Tú me usaste y yo te usé para conseguir información.

Wyndi no podía creer el dolor penetrante y punzante que le recorrió el pecho al escuchar sus palabras. Deseó que se le pudiera ocurrir algo igualmente doloroso para contestarle, pero se limitó a quedarse sentada, intentando ocultar su miseria.

Tamar maldijo cuando le vio los ojos heridos. «Es una criminal», se recordó a sí mismo. ¡Le había tomado el pelo! ¡No se merecía su compasión! ¡La usaría, conseguiría la

información que necesitaba de ella y después la entregaría a las autoridades para que afrontara cargos por traición! Ella no se merecía menos, ya que había elegido seguir un camino criminal. No debía sentirse dolido solo por decir algo que la hiriera a ella.

Se dio la vuelta disgustado, no tanto con ella como consigo mismo. Nunca había permitido que sus sentimientos personales se interpusieran al cumplimiento de sus deberes ni de proteger su país.

El avión aterrizó suavemente, él se puso en pie y se abrochó la chaqueta antes de ofrecerle la mano a ella. Fue un gesto automático, pero estuvo a punto de apretar los dientes de furia cuando ella le rechazó la mano. Ella se puso en pie y lo fulminó con la mirada, mostrándose ante el mundo como una heroína conquistadora que hubiera sufrido un agravio. ¡Maldición, era una buena actriz!

–Por aquí –indicó él y la condujo fuera del avión.

No tuvieron tiempo para hablar, ya que había ordenado a su helicóptero que estuviera a la espera. En cuando el avión aterrizó, los rotores del helicóptero empezaron a moverse. Así que cuando salió del avión, el pájaro estaba listo para despegar. Tamar se agachó, a punto de entrar por la puerta lateral, pero miró atrás para asegurarse de que Wyndi lo seguía. La mirada de puro terror en sus ojos lo detuvo. Ella no se movía, ni siquiera le miraba a él. Sus ojos estaban fijos en los rotores que giraban, casi estaba paralizada al ver ese movimiento.

–Entra en el helicóptero –le dijo él cuando volvió a acercarse a ella.

Wyndi le miró, intentando tragar saliva por el nudo de su garganta, pero nada sucedió. No podía entrar en ese helicóptero. No había ninguna forma. Sus pies se negaban a moverse y no había nada que él pudiera hacer para meterla.

Cuando Tamar se dio cuenta de que ella no iba a subir, maldijo en voz baja. Con un movimiento rápido, la levantó en brazos y dio una zancada hacia delante. Por desgracia, no había previsto la posibilidad de que el miedo de Wyndi fuera real y no estuviera fingiendo. Casi la dejó caer cuando ella puso el cuerpo rígido y comenzó a resistírsele con todas sus fuerzas. Necesitó toda su concentración para subirla a bordo. Para entonces, ella estaba sollozando en sus brazos y él se vio incapaz de dejarla en el asiento contiguo. Hizo un gesto al piloto para que despegara, sosteniendo entre sus brazos en todo momento a Wyndi, meciéndola hacia delante y hacia atrás y frotándole la espalda mientras le susurraba cosas tranquilizadoras, intentando calmarla.

Por suerte, el vuelo solo duró veinte minutos, pero hubieran tardado más de una hora en llegar a su destino en coche. Cuando la máquina aterrizó, ordenó al piloto que detuviera los rotores. No se movió hasta que todo el polvo a su alrededor se posó. Entonces la tomó cuidadosamente en brazos y la llevó al interior del edificio. Ignoró la forma violenta en que le temblaba el cuerpo y se negó a pensar en la agradable sensación de la cara de Wyndi contra su cuello, de forma que ella no podía ver nada. Los brazos de ella parecían bandas de hierro alrededor de su cuello y, al menos en ese momento, ella confiaba en que él la mantendría a salvo. Tamar comprendió que sus miedos podrían ser irracionales, pero eran muy reales, y se sintió mal por haberla forzado a padecer el corto vuelo.

La llevó por el palacio, ignorando a los sirvientes que hacían reverencias rápidamente a su paso. No se detuvo hasta que hubo atravesado las puertas de su propio dormitorio. No tenía ni idea de por qué la había llevado allí en lugar de a una de las habitaciones más pequeñas, donde sería más fácil vigilarla. Todo lo que sabía era que quería respuestas de esa mujer y las obtendría, de una forma u otra.

Wyndi levantó la mirada, intentando asimilar la pesadilla en que estaba metida. ¡No le parecía posible que la hubieran secuestrado! Que ese hombre, que había sido tan divertido,

amable y sensual se hubiera convertido en un monstruo, y que ahora estuviera en un país extraño del que no conocía las normas. No, esas cosas sucedían en las películas y en la televisión. ¡No era su vida! Solo era otra pesadilla de la que se despertaría. Solo esperaba poder despertar cuanto antes, porque era aterrador.

—Cuando estés preparada para colaborar díselo a uno de mis guardaespaldas.

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta, pero cuando puso la mano sobre el picaporte, se detuvo y volvió a girarse. Ella parecía muy pequeña y asustada, sentada en medio de su cama. ¿Estaba haciendo lo correcto? Quizá hubiera una forma mejor... algo que fuera amable...

Maldijo otra vez y abrió la puerta de golpe, negándose a permitir que su expresión perdida y desolada volviera a conmovirlo. Todo era una mentira y él odiaba a los mentirosos. Especialmente a los mentirosos que intentaban engañarlo.

Fue a su oficina y se forzó a lidiar con todos los problemas que se habían acumulado mientras había estado cazando al hacker. Durante los últimos dos días, había pasado demasiado tiempo pensando en esa mujer. Incluso el día anterior, mientras estaba sentado en reuniones, no prestó atención, demasiado ocupado pensando en diferentes formas de hacerle el amor a ella.

Y probablemente ese fuera el punto decisivo del problema. Ella encajaba sexualmente a la perfección con él, su deseo estaba en armonía con el de él. No importaba dónde la tocara, ella ansiaba más y él se sentía del mismo modo cuando ella lo tocaba. Ahora entendía que todo había sido solo un juego, una forma de ocultar sus actividades ilegales para librarse de cualquier castigo.

Con un autocontrol brutal, se forzó a trabajar, centrándose en sus responsabilidades y no permitiendo que su mente pensara en la prisionera esbelta, seductora y desafiante que ahora estaba en su dormitorio.

Capítulo 5

Wyndi se movió al cabecero de la cama, miró a su alrededor e intentó pensar en qué iba a hacer. A través de las ventanas vio que el sol empezaba a ponerse y ya había buscado por la enorme habitación, intentando encontrar una salida para escapar y, cuando vio que no era posible, simplemente fisgoneó entre las cosas de Tamar.

Había sido secuestrada y, a menos que estuviera perdiendo completamente la cabeza, no era una pesadilla.

Cuando escuchó la cerradura de la puerta, la miró ansiosamente. Tamar entró a zancadas en la habitación seguido de varios sirvientes, que montaron una mesa y colocaron algunos platos de olor delicioso. Wyndi se dio cuenta de que no había comido nada desde la pasta de la noche anterior, pero como no tenía ni idea de qué hora era, o al menos de donde estaba, no podía saber qué comida debería ser. Pero estaba hambrienta, así que no la iba a rechazar.

–Ven –le dijo él cuando volvieron a estar solos.

«Tendré que esperar para llenar mi estómago vacío», pensó enfadada.

Había estado a punto de levantarse de la cama y descubrir qué había bajo las tapas plateadas, pero cuando él le mandoneó como si fuera un perro, su testarudez volvió a recobrar vida una vez más. Ella lo miró fijamente, fingiendo que no acababa de mandarle que se moviera o que no pareciera que su estómago fuera a desplomársele del hambre.

Con un suspiro, él se giró y la fulminó con la mirada.

–Wyndi, hace más de dieciocho horas que comiste por última vez. Sé que tienes hambre, así que deja de actuar de forma ridícula y ven a sentarte.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho y se acomodó encima de la cama.

–No importa lo hambrienta que pueda haber estado, mi apetito desapareció en cuanto entraste a la habitación. Supongo que tu presencia ahora me afecta así.

Él quiso aplaudir su valor, pero estaba demasiado preocupada porque ella se alimentara como para estar impresionado. Intentando otra estrategia, se acercó lentamente a la cama, recorriendo de forma sugerente su figura esbelta con los ojos.

–Supongo que tendré que interpretar que tu falta de apetito para comer es apetito para que me una a ti en esa cama grande y cómoda. ¿Me equivoco? –preguntó mientras los ojos le ardían ante la idea.

¡Wyndi no iba a permitirlo! Saltó de la cama, poniéndose en el lado contrario para protegerse de las caricias de Tamar.

–¡No te atrevas! –gruñó airada.

Y con ese rechazo, el fuego que había dentro de él volvió a encenderse. Ella no lo conocía suficientemente bien y, a decir verdad, él ni siquiera podía entender sus propias reacciones recientes ante ella, pero el rechazo a sus caricias solo le hizo querer demostrarle que no era tan inmune a su tacto como a ella le gustaba afirmar. Era como si necesitara poner su marca de propiedad sobre ella, volverla tan loca de deseo que le contara todo lo que deseaba saber.

Con esa intención en mente, se acercó a ella con las intenciones claras.

–¿Qué estás haciendo? –jadeó ella cuando él no había dado más de tres pasos.

–Te voy a demostrar que mis caricias no te repugnan tanto como dices una y otra vez.

De esa forma quedará bastante demostrado que eres una mentirosa.

Ella miró a su alrededor, intentando descubrir cómo detenerlo. Cuando no se le ocurrió nada, entró en pánico.

–¡Por favor, Tamar! Comeré. En realidad me muero de hambre. Me iría bien algo de comida ahora mismo y lo que me has traído huele muy delicioso.

Tamar se detuvo y le miró la piel pálida y la mirada vidriosa de sus ojos. Sin duda necesitaba comer algo y descubrió que no era capaz de forzarla, aunque sabía que no necesitaría esforzarse demasiado para tenerla ronroneando entre sus brazos una vez más. «Prioridades», se dijo a sí mismo. Ella necesitaba comida y después debía entender que él no toleraría sus mentiras.

Él alargó la mano y tomó la de ella con intención de arrastrarla a la mesa, pero en lugar de eso, se la puso debajo del brazo y la condujo amablemente a la mesa. Incluso le ofreció una silla, pese a que estaba muy irritado consigo mismo por darle consideraciones de tipo alguno.

–Háblame de tu pasado. ¿Qué te llevó al negocio del hackeo? –preguntó él, sentándose frente a ella y levantando las tapas plateadas de varios tazones llenos de aromática comida troceada, un tazón de arroz negro y varias verduras a la parrilla.

Wyndi pensó en ignorarle y seguir en silencio, pero no estaba segura de qué haría él si lo rechazaba. Y quizá podría sacarle algo de información si colaboraba un poco.

–Aprendí a escribir código en la universidad –explicó mientras se llenaba hasta arriba el plato con arroz negro primero y luego con carne y verduras.

Él también le ofreció una salsa que olía increíblemente bien. Le habló de sus clases en diversas asignaturas y cómo ninguna le «gustó» hasta que empezó a crear códigos de software. Había desarrollado incluso un videojuego para ayudar a los niños con sus deberes de matemáticas.

–¿Qué pasó con eso? –preguntó él, más intrigado de lo que quería admitir.

Ella se encogió de hombros y miró su plato, sorprendida por haberse comido todo lo que él le había servido.

–No conseguí que nadie le echara un vistazo. Todos me dijeron que considerarían contratarme en cuanto tuviera más experiencia –se rio burlonamente–. Es complicado conseguir experiencia si nadie te contrata.

Su historia hizo que algo dentro de él se relajara. Era sorprendente porque unas horas antes, él pensaba que nada podría hacer que los crímenes de ella tuvieran sentido.

–¿Es por eso que comenzaste a hackear los sistemas de varias empresas? ¿Para ganar dinero porque nadie te contrataba?

Ella se echó hacia atrás, sorprendida de que él fuera directo al grano. ¿Pero por qué no iba a hacerlo?

–Crees que lo sabes todo sobre mí, ¿verdad? –preguntó ella, agarró su copa de vino y dio un sorbo–. Pues te equivocas.

A él le sorprendió ver que deseaba estar equivocado. Pero la posibilidad de que fuera así era muy pequeña, con todas las pruebas que había contra ella. Incluso ahora, su equipo técnico trabajaba en su ordenador, encontrando todo tipo de códigos interesantes y los resultados que tenía almacenados. Los resultados estaban encriptados, pero estaba seguro de que encontrarían una solución para el encriptado antes de que acabara la noche.

–¿Por qué no me explicas en qué me equivoco?

Ella lo pensó, pero sencillamente ya no podía seguir confiando en él.

–Deja que me vaya a casa y te daré toda la información que desees.

–Dame la información que deseo y me pensaré si te dejo ir a casa –contestó él.

Ella tuvo que reírse, aunque probablemente no fuera muy divertido.

–Supongo que estamos en un punto muerto –dijo ella tranquilamente–. ¿Cuánto tiempo me vas a tener aquí?

–Hasta que me digas lo que deseo saber. No permitiré que mis empresas ni mi país salgan perjudicados. Así que debo saber qué has vendido y a quién se lo has vendido. Tengo que reducir mis vulnerabilidades.

Ella se mordió el labio, eligiendo sus palabras cuidadosamente.

–Si te prometiera que no he creado ninguna vulnerabilidad para Surisia ni para tus empresas, ¿me dejarías ir?

Él frotó el borde de la copa de vino con el dedo mientras sopesó su solicitud.

–¿Podrías demostrarlo?

–Si me devuelves mi portátil, podría.

Él rio entre dientes y sacudió la cabeza.

–Lo siento, bella mía. Pero eres una persona muy hábil con un ordenador. Darte acceso a tu ordenador es lo último que deseo hacer.

–Entonces, ¿cómo voy a demostrarte nada? –exigió saber ella, exasperada pero aun viéndole la gracia.

–Dime lo que deseo saber.

Ella no pudo evitar que se le escapara una risita de los labios.

–Nos estamos repitiendo.

Él también rio.

–Supongo que estamos en un callejón sin salida. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

–Podrías confiar en mí.

Él echó la cabeza atrás y rio, encantado a su pesar por su expresión de pilluela. Era un adversario verdaderamente fascinante. La rabia que sintió por la tarde había desaparecido completamente, pero aún debía mantenerse firme respecto a sus objetivos. No podía permitirle que socavara el gobierno de Jabril ni ninguna de sus empresas. Eso era una certeza. Pero quizá estaba enfocando el interrogatorio de una forma equivocada. Contempló sus adorables rasgos desde el otro lado de la mesa, pensando que quizá podría obtener la información que deseaba si intentaba un enfoque diferente. Su cuerpo sin duda estaría de acuerdo con su siguiente estrategia.

–Debo atender unos asuntos –dijo abruptamente, se puso en pie y se acercó al otro lado de la mesa–. Te veré más tarde, bella mía.

Estiró la mano, agarró la de ella y le besó suavemente los dedos antes de salir por la puerta.

Wyndi se sorprendió tanto por su tacto que no estaba segura de qué decir o hacer. O de cómo reaccionar siquiera. ¿Qué había pasado con el hombre que había sido tan lívido con ella solo unas horas antes? Estaba muy confundida. Y asustada.

Merodeó por la habitación, explorando las estanterías y los diversos objetos. Seleccionó un libro de la estantería y se acurrucó en una de las sillas, agachándose para leer la historia. Se sorprendió al sentirse intrigada por el argumento, hasta el punto de que se olvidó de la hora. No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado leyendo, pero al fin admitió que necesitaba una luz para leer. Por desgracia, las únicas luces estaban a cada lado de la cama. ¿Cómo era posible que solo hubiera esas dos lámparas en toda la habitación?

Miró hacia el techo y vio que había luces empotradas y también algunas luces colgantes de aspecto moderno, pero no pudo ver cómo encenderlas. Pese a que no quería volver a

meterse en esa cama, no se le ocurrió ninguna alternativa. La novela de misterio que había elegido la tenía cautivada y no parecía que fuera a venir nadie a abrir las puertas para liberarla. Tampoco tenía otra forma de entretenerse.

Se acurrucó a un lado de la cama, amontonando las muchas almohadas a su espalda, poniéndose más cómoda. Pensó que podría ponerse de pie de un salto en cuanto Tamar entrara, si es que volvía siquiera.

Tamar se negó a permitirse volver a su habitación hasta más tarde lo habitual. Acosó a su equipo técnico exigiéndoles que hicieran algo para encontrar los archivos que necesitaba. Pero trabajaron hasta bien entrada la noche sin éxito alguno. No encontraban ninguna información robada en su portátil. Al menos, no en los archivos que habían podido abrir hasta el momento.

Así que ahí estaba, contemplando a la mujer acurrucada en su cama y su cuerpo empezó a dolerle al instante por la necesidad de tomarla una vez más. Se acercó al lado de la cama, observando los pálidos rasgos sombreados por la luz tenue de la lámpara de mesa. Ciertamente era una mujer de una belleza exquisita con unos rasgos delicados y una boca carnosa y exquisita que deseaba probar incluso ahora.

Mientras se quitaba la ropa, consideró todas las ramificaciones de su siguiente plan de acción. Pensando en que no habría ningún inconveniente por hacer el amor con esa mujer, o más específicamente por tener sexo, si eso aceleraba el proceso y podía conseguir la información que necesitaba, echó su ropa a un lado y entonces la levantó en brazos, despertándola con besos. Notó cuándo recobró la conciencia porque se puso rígida en sus brazos. Pero él estaba preparado y si algo había aprendido las dos noches anteriores en brazos de esa adorable mujer, era que le gustaba que la tocaran, por la forma en que se estremecía de deleite cuando él encontraba todas sus zonas erógenas secretas. Y él usó ese conocimiento para su beneficio, tocándola, besándola y acariciándola hasta que jadeó sin aliento, rogándole que terminara lo que había empezado.

Y cuando todo acabó, él la tuvo en sus brazos mientras se quedaba dormida apaciblemente, casi ronroneando de satisfacción.

Capítulo 6

–¿Todavía tienes a la chica? –preguntó Jabril mientras caminaban juntos por el patio rodeado de árboles.

–Todavía está aquí –confirmó él.

Wyndi había estado allí durante la semana anterior. Charlaban continuamente, ambos intentando cambiar la opinión del otro. Día tras día, le sorprendía lo tenaz que podía llegar a ser ella. ¡Pero las noches! Sí, las noches eran lo mejor. No le importaba seducirla cada noche. Disfrutaba cómo se esforzaba por resistírsele porque cada vez que él la tocaba, cada vez que intentaba resistirse a la magia que compartían, ella perdía. Ambos resultaban victoriosos pero era frustrante que, sin importar cuántas noches la tuviera en sus brazos y la hiciera delirar de deseo, ella seguía sin darle ninguna información.

Tenían discusiones acaloradas durante las comidas y él descubría que no le gustaba estar alejado de ella. Le dijo a su equipo de seguridad que él haría los interrogatorios, pero empezaba a sospechar que simplemente disfrutaba discutiendo con ella.

–No ha revelado qué ha vendido ni a quién –dijo Jabril afirmando, no preguntando. Si hubiera conseguido alguna información, Jabril sabía que su primo ya se la habría transmitido–. Quizá pueda ser de ayuda –se ofreció Jabril, sonriendo suavemente cuando su mujer Laila se le acercó. Automáticamente le pasó el brazo por la cintura, acercándosela pese al sobresaliente estómago que nutría a su hijo no nato.

Tamar pensó detenidamente en lo que dijo su primo, no le gustaba la idea de lo que podía estar sugiriendo Jabril.

–Puedo encargarme –dijo con firmeza.

–¿Te refieres a Wyndi? –preguntó Laila, mirando a quién era su marido desde hacía menos de un año. Aún no podía creerse cuánto amaba a ese hombre, pese a haberse resistido con tantas fuerzas a esa peligrosa emoción.

Ambos hombres la miraron, sorprendidos incluso de que supiera el nombre.

–¿Cómo sabes lo de Wyndi? –preguntó Tamar.

Laila le gustaba y estaba contento de que fuera feliz con su primo. Jabril se merecía toda la felicidad que pudiera encontrar y necesitaba a esa mujer, que lo apartaba de sus deberes, asegurándose de que descansara más de lo que lo había hecho en el pasado. Era buena para Jabril. Y para Surisia. Pero le costaba verlos a ambos. Estaban muy enamorados y Tamar sabía que él nunca tendría esa clase de relación con una mujer.

Una imagen de la tentación rubia que lo había vuelto loco lentamente durante la semana anterior le vino a la mente, pero él la apartó sin piedad. Era una criminal y bajo ningún concepto sería una buena candidata para ser su esposa. Ni siquiera tendría en cuenta esa opción. Solo la mantenía allí para sacarle la información. Una información que se volvía más escurridiza cuanto más se esforzaban en encontrarla.

–La he conocido hace un momento, cuando venía hacia aquí. Es una mujer encantadora, Tamar. Me alegro de que por fin hayas encontrado a alguien que te ama de esa forma.

Tamar miró fijamente a la belleza de cabello oscuro como si le hubiera salido otra cabeza.

–¿Amor? –escupió–. No lo creo.

Laila parpadeó, sorprendida por la vehemencia de la voz normalmente tranquila de Tamar. Era un buen hombre, pero acostumbraba a rechazar a las mujeres con demasiada facilidad. Ella había tenido dudas acerca de su matrimonio con Jabril porque creyó que su entonces prometido mantenía amantes en París y en Nueva York. Al final, resultó que esos apartamentos y las doncellas que residían en ambos estaban mantenidos por Tamar, ahora que Jabril era el líder de Surisia.

Aquello no pintaba bien para la increíble belleza que acababa de conocer. La tristeza en los ojos de esa mujer era... bueno, Laila contempló el semblante frustrado de Tamar y cayó en la cuenta. Las expresiones de los ojos de ambos le dijeron todo lo que necesitaba saber.

–Cenemos juntos. Solo nosotros cuatro –anunció ella.

Jabril la miró, preocupado por la idea de cenar con una criminal, sobre todo alguien que podría haber cometido traición contra Surisia.

–No creo que sea buena idea, amor mío.

–Tonterías. Todos necesitamos comer. Y a ella se la está tratando obviamente más como a una invitada que como a una prisionera –vio una descarga de culpa irrumpir en los atractivos rasgos de Tamar–. ¿Así que por qué no comer juntos?

Tamar empezó a decir algo, pero fue interrumpido por Jabril. Ambos protestaban, pero Laila se limitó a ignorar sus objeciones.

–Iré a hacer los preparativos.

Y con esa orden, se alejó de ambos hombres altos y dinámicos con toda la rapidez y gracia que su embarazo de seis meses le permitía.

–¿Es seguro? –preguntó Jabril, mirando fijamente a la puerta por la que había desaparecido su mujer.

La pregunta sorprendió a Tamar.

–Wyndi es muy amable y gentil. No es violenta –explicó él, sabiendo exactamente lo que su primo estaba preguntando.

Jabril miró a Tamar, atónito por la firme defensa de la mujer que podría pasar tiempo en prisión. Había algo... Miró hacia el lugar por el que se fue su mujer y después a Tamar, que lucía una sonrisa en la cara. Golpeó a su primo en el hombro y rio suavemente.

–Creo que la cena de esta noche será bastante reveladora.

Y tras decir eso, se alejó para volver a reunirse con su mujer.

Varias horas después, Tamar entró en el comedor formal donde Wyndi ya estaba esperando.

–Estás encantadora –dijo, observando con interés su vestido de noche azul claro.

Había ordenado que le entregaran ropa nueva a principios de la semana, cansado de verla con los mismos tejanos y camiseta viejos. «Es sorprendente lo que una costurera experta puede hacer con la figura de una mujer», pensó él mientras recorría con los ojos su diminuta cintura y sus pechos suntuosos, revelados sutilmente por el vestido.

Wyndi se dio la vuelta, preparada para dar el siguiente paso en su batalla aparentemente interminable, pero le impresionó lo atractivo que estaba él con ese esmoquin.

–Dios mío –resopló asombrada por su aspecto. No podía apartar la mirada de él.

Y así los encontró Laila, que llegó con la mano bajo el brazo de su marido y una enorme sonrisa en la cara.

–Buenas noches, Wyndi. Me alegro mucho de que hayas podido unirte a nosotros para cenar esta noche.

Wyndi apartó los ojos de Tamar para observar la exuberante belleza que había conocido antes, ese mismo día. La mujer estaba deslumbrante con sus adorables ojos

marrones y su piel de tono rosado. Ahora estaba junto a un hombre muy alto e intimidante. Wyndi quiso encogerse, pero no estaba segura de por qué. Cuando sintió que la mano de Tamar se movía por su cintura de forma protectora, se sintió más segura y se apoyó contra su dura constitución, inconsciente de sus acciones.

Pero Laila se dio cuenta. Y su sonrisa se iluminó cuando contempló a la pareja. ¡Estaba emocionada porque Tamar hubiera encontrado un amor que podría ser tan fuerte como el que ella había encontrado con su marido!

–Así que, háblame de ti –rogó Laila mientras se sentaba en la silla que su marido le ofreció.

Wyndi también se sentó frente a la encantadora mujer, sintiéndose pálida e insulsa al lado de esa belleza exótica.

–En realidad no hay mucho que contar –contestó cuidadosamente. ¿Era un truco más de Tamar para intentar hacer que revelara sus secretos? Se estaba volviendo recelosa con sus batallas constantes, pero también sabía que no podía contarle todo a Tamar. Algo que no podía definir hacía que se contuviera.

–¿Qué hacen tus padres? –preguntó ella.

Esa precaución que sentía cuando estaba cerca de Tamar no era aplicable a la belleza que estaba sentada frente a ella. Era dulce y amable, hacía preguntas discretas y Wyndi simplemente no podía creer que estuviera intentando sonsacarle información. Y tras una semana con un Tamar a veces hostil, a veces adulator, no pudo evitar contarle su pasado a esa mujer. Bajó la mirada a la mesa y jugueteó con su tenedor, incapaz de mirar cómo reaccionaba Tamar.

–Mis padres murieron cuando tenía seis años.

Hubo un silencio atónito después de que soltara ese bombazo.

–¿Qué sucedió? –preguntó Laila con tacto.

Quizá hubiera sido capaz de aguantar las órdenes o las preguntas de Tamar mientras la volvía loca con una necesidad sexual, pero no pudo suprimir la tristeza que le recorrió el cuerpo mientras le explicaba su pasado a esa atenta mujer.

–Conducían a una fiesta. Mi hermano me estaba cuidando –levantó la mirada y volvió a agacharla al tiempo que peleaba con las lágrimas que se le acumulaban en los ojos–. Él es diez años mayor que yo y estaba haciendo sus deberes cuando llegó la policía para comunicarnos el accidente –respiró hondo–. Pero fue maravilloso. Se esforzó muchísimo por mantenernos unidos. Consiguió un trabajo después de clase, incluso intentó dejar la escuela para mantenerme. Pero al final, no pudo ganar suficiente dinero siendo estudiante de instituto para comprar comida y poder seguir pagando la casa –enderezó los hombros mientras daba un sorbo a su copa de agua–. Cuando vinieron los trabajadores del servicio de protección de menores, intentó llevarme con él. Pero yo siempre estaba llorando y solo le compliqué las cosas –dijo en voz baja al grupo–. Me llevaron a un hogar de acogida. A él también, pero no dejaba de escaparse, intentando encontrarme y cuidar de mí.

–¿Qué le sucedió? –preguntó Jabil.

Wyndi se limpió una lágrima de la mejilla y después escondió sus manos temblorosas bajo el mantel de lino.

–No lo sé –miró a Tamar, como si le desafiara a que la llamara mentirosa–. El código es para eso. No estoy robando información –le dijo sin ninguna inflexión en la voz–. Busco su nombre en todas las bases de datos a las que puedo acceder para encontrarlo.

Se quedó sentada en silencio, insegura de qué decir ahora que había chafado completamente el ánimo de la noche. Respiró hondo y levantó la mirada obligándose a

sonreír.

–Lo siento –susurró–. No le he vendido información a nadie, no tengo contactos con personas malvadas que intenten derrocar vuestro gobierno –le dijo a Tamar y a Jabril–. Solo necesito encontrar a mi hermano. Si me dejáis usar mi ordenador, puedo mostraros todos los datos, los lugares a los que he ido, todas las empresas en las que he buscado para demostrar que no he hecho nada más que filtrar los nombres de los empleados.

Se puso en pie y se alejó con toda la dignidad que pudo reunir dadas las circunstancias. Se preparó mentalmente, temiendo que Tamar pudiera ordenarle que se detuviera, pero no podía parar. Necesitaba alejarse, encontrar un lugar donde pudiera ocultarse, controlar sus emociones. Casi estaba corriendo cuando llegó a su habitación e irrumpió en ella, cerrando la puerta de un portazo a su espalda mientras sollozaba para desahogar la angustia que sentía por la pérdida de su familia.

Se sentó en la cómoda silla que había usado casi cada día mientras esperaba el interrogatorio de Tamar, o la lucha de voluntades, como él quisiera llamarlo. No se podía creer que le hubiera contado todo eso. Se había esforzado muchísimo por mantener ese secreto como propio y no quería que nadie lo supiera, al menos hasta que encontrara a su hermano. Pero ahora lo había revelado. Y Tamar podía creerla o no.

Tamar la vio marcharse y algo dentro de él le dolió profundamente. Escuchó su historia y no tuvo ninguna duda de que contaba la verdad. De hecho, ahora que sabía lo que había estado haciendo, muchas cosas que había encontrado su equipo técnico tenían sentido, además del motivo por el que no habían encontrado ninguna información robada en su ordenador, ningún contacto, ni siquiera a sus compañeros de trabajo o sus amigos de la universidad.

De repente comprendió que toda su vida estaba dedicada a encontrar a su hermano y él le había quitado una semana, abusando de su confianza y de su alma en el proceso.

Se puso en pie sin disculparse siquiera ante su primo ni su mujer y salió corriendo detrás de ella. No le preocupaba que pudiera escaparse de él. La conocía demasiado bien, sabía exactamente dónde la encontraría.

Como era de esperar, en cuanto abrió las puertas de su habitación la vio sentada rígidamente en su silla favorita. También era la silla favorita de él. Era la silla que usaba bien entrada la noche, cuando deseaba revisar alguna información en privado. Y cada noche la había encontrado en esa silla, sentada sobre sus piernas esbeltas mientras leía el contenido de su biblioteca.

Cuando la observó, supo que ella estaba librando una batalla interna con cada fibra de su ser. No podía permitirlo. La destrozaría, la pondría enferma. Así que se arrodilló, la levantó en brazos y se la sentó sobre su regazo.

–Lo siento –dijo. Esas simples palabras, pronunciadas con tanta honestidad, doblegaron su control, ella se estremeció y apoyó la cabeza contra él. Gritó por la frustración que sentía al no haber hecho ningún progreso para encontrar a su hermano, por la rabia que le provocaba la desconfianza de Tamar y por su vida en general. Y durante todo el tiempo, él la sostuvo entre sus brazos. Cuando por fin amainó la tormenta, él la miró buscándole los ojos, pero no estaba seguro de qué esperaba ver–. ¿Me dejarás que te ayude? –preguntó suavemente.

Esa pregunta la sorprendió.

–¿Por qué ibas a ayudarme?

Él se echó atrás, acompañándose con ella de forma que casi estaba tumbada sobre su pecho.

–Porque lo necesito.

A ella no le gustaba cómo sonaba eso en absoluto.

–No necesito tu lástima –le dijo ella enérgicamente a la vez que intentaba sentarse, pero él se la volvió a acercar y la besó en la parte alta de la cabeza.

–No tiene nada que ver con lástima. Aunque no puedo explicarlo, pero necesito ayudarte.

Ella se contoneó entre sus brazos sin estar segura de lo que él le estaba diciendo, y en ese momento estaba demasiado exhausta para intentar pensar en nada.

–Es una misión personal, Tamar.

–Quieres encontrar a tu hermano. Tengo más recursos que tú y puedo hacer esta tarea con mucha más rapidez.

Ella quiso reírse de su arrogancia.

–Ni siquiera sabes si lo puedes encontrar –le replicó ella. Los ojos le palpitaban por la oleada de emociones que la consumía.

–Vas a tener que confiar en mí con esto –le dijo él, consciente de la ironía de su orden.

Ella rio, pero ya estaba prácticamente dormida. Cuando él estuvo seguro de que se había quedado completamente dormida, la levantó y la desvistió cuidadosamente, la tumbó en la cama y la cubrió con la colcha. Volvería, pero tenía cosas que hacer antes de poder tenerla en brazos.

Una hora más tarde, volvió y ella apenas se había movido. Él se quitó su propia ropa y se metió en la cama junto a ella, acercándosela contra sí. Tardó mucho rato en quedarse dormido por fin pero, al final, Wyndi estaba demasiado suave y cálida y su corazón lo apaciguó hasta que se durmió, y él la mantuvo cerca durante toda la noche.

Capítulo 7

Wyndi miró a su alrededor, se sentía completamente relajada por primera vez en mucho tiempo. Movi6 la cabeza sobre las almohadas y vio que Tamar estaba durmiendo junto a ella. No se podía creer que finalmente le hubiera contado todo la noche anterior. Quizá ahora le permitiría regresar a Nueva York para que pudiera continuar con su búsqueda. ¿Le dejaría conservar su portátil? No estaba segura de cuánto tardaría en comprar uno nuevo si se lo confiscaba. Sonrió ante la idea de que él pudiera quedárselo solo para que ella no usara el código para entrar y salir de las bases de datos de sus empresas. Le dejaría que siguiera pensando que era incapaz de volver a crearlo. Quizá tardaría un par de días, pero recordaba cómo había desarrollado el programa la primera vez. Esta vez no le llevaría tanto tiempo.

–Estás despierta –refunfuñó él.

Wyndi le miró rápidamente, sintiendo cómo le reaccionaba el cuerpo a Tamar.

–Ahora me dejarás ir, ¿verdad? –preguntó preocupada porque no la creyera a la luz de la mañana.

Él se movió contra ella, acercándosele por debajo.

–Me temo que no podré dejarte ir nunca –dijo un momento antes de atraparle los labios con los suyos.

Él ya llevaba una semana atormentándola sexualmente, pero la forma en que la tocaba y la volvía loca era distinta esa vez. La química seguía ahí, incluso con más fuerza. Pero había una intensidad que no habían tenido antes. Ella ya estaba sin aliento, delirante y desesperada para cuando él al fin entró en su calor. Y ella lo acogió, lo necesitaba más de lo que lo había necesitado en el pasado. Cuando por fin encontró su liberación, no se dio cuenta de que le estaba agarrando los brazos como si temiera que fuera a desaparecer.

No se dio cuenta de lo que estaba haciendo, pero Tamar sí. Y él se sentía del mismo modo. Era como si necesitara marcarla, mostrarle con sus caricias lo que no era capaz de expresar con palabras. Y cuando todo hubo terminado y ambos estaban tumbados en brazos del otro, intentando recobrar el aliento, de repente supo lo que tenía que hacer. Convencerla podría ser un problema, pero sabía que su plan era fundamental para el futuro de ambos.

–Ven conmigo –dijo y la tomó de la mano, conduciéndola a la ducha.

Se enjabonaron y se aclararon rápidamente, Tamar le lavó el cabello simplemente porque le gustaba pasarle los dedos por sus rubios mechones ondulados. Ella se puso unos elegantes pantalones de vestir negros y un jersey de color amarillo limón brillante, con mangas cortas acampanadas, que debería haber hecho que su piel pareciera amarillenta, pero en vez de eso le infundía una calidez a su complexión a la que no estaba acostumbrada.

–Por aquí –dijo él y la llevó por el largo pasillo.

Wyndi no tenía ni idea de qué hacía él ni de a dónde iban, pero ese día era un hombre diferente. Era como si el amante que había tenido en Nueva York hubiera regresado. Estaba emocionada, pero también muy confundida.

Cuando él abrió otra puerta, ella se sorprendió al entrar en lo que parecía ser una habitación negra con diez o más monitores enormes. En cada uno sucedía algo. Pero no era allí donde Tamar quería que centrara su atención. Había tres hombres sentados a una mesa, cada uno frente a un ordenador, y pulsaban varias teclas.

–¿Qué sucede? –preguntó ella mientras asimilaba todos los detalles con la mirada. Algunas informaciones estaban en inglés, algunas en otros idiomas y muchas más estaban escritas con caracteres que ni siquiera podía identificar.

–Tienen varias pistas sobre tu hermano –explicó Tamar mientras se agachaba para estudiar la información que ya habían acumulado–. Encontramos el hogar de acogida en el que le colocaron al principio. Pero como era un fugitivo, era un factor de riesgo y rápidamente pasó por todos los hogares de acogida que había disponibles. Le colocaron en un hogar grupal y tuvo algunos problemas legales pero alguien, no estamos seguros de quién, se ocupó de él. Finalmente, se graduó del instituto con honores, así que pasó a la universidad, donde se licenció con los máximos honores en Administración de Empresas. Ahí le hemos perdido, pero hay muchas posibilidades en el rastro que está siguiendo Jeremy.

Wyndi abrió los ojos asombrada.

–¿Jeremy? –preguntó.

Uno de los hombres sentados frente a los ordenadores levantó la mano, pero rápidamente volvió a concentrarse en su pantalla mientras sus dedos sobrevolaban el teclado.

–Ya veo –dijo ella, abrumada por todo aquello. Miró a Tamar a la cara, incapaz de verle los ojos porque eran muy oscuros y la sala estaba incluso más oscura. Pero podía sentirlo, sentía algo en su mirada que tocó una fibra muy dentro de ella–. ¿Has hecho todo esto, has descubierto toda esta información desde que te conté lo de mi hermano anoche? –preguntó ella, con una voz que apenas era un susurro.

Él la tomó de las manos, necesitaba tocarla, sentirla, ya que no podía leer la expresión de esos preciosos ojos azules.

–¿Estás enfadada conmigo? –preguntó, no seguro de ello.

Ella intentó hablar, pero estaba llena de gratitud y de una emoción extraña y no muy cómoda que no podía definir.

–¡Te quiero! –jadeó y entonces se tapó la boca, impactada por haber dicho esas palabras–. Es decir...

–No –dijo él y se la acercó más–, no permitiré que lo retires. La condujo fuera de la oscura habitación y fueron al patio soleado que aún no se había calentado tanto como lo haría más avanzado el día–. Yo también te quiero, Wyndi. No entiendo cómo ha sucedido, pero has atravesado todas mis defensas. Y yo he tratado de una forma abominable. Mi única excusa es que la primera vez que nos vimos eras diferente, amor. No lo entendí, ni siquiera quise sentirlo. Así que cuando encontré algo que aliviaría esta confusión, me aferré a ello. Te llamé mentirosa y embustera, criminal, y lo único que quería hacer en todo momento era tenerte entre mis brazos y asegurarme de que estuvieras a salvo. Es por eso que te traje aquí en lugar de ante Jabril una vez supe que tú eras quien había hackeado las bases de datos gubernamentales. Quería protegerte, pero no sabía realmente cómo ni de qué te estaba protegiendo.

Ella se tapó la boca cuando interiorizó sus palabras.

–Lo sé –susurró, apartándose lentamente la mano de la boca–. Te odiaba muchísimo por lo que hiciste, pero cuando te ibas, cuando no estabas ahí para discutir los últimos días, sentía que me faltaba una parte de mí.

Él soltó una bocanada de aire al mismo tiempo que se la acercaba al pecho, hundiendo las manos en su cabello y enredándolas en sus rizos rubios.

–¿Qué nos hemos hecho el uno al otro? –preguntó suavemente mientras le besaba la cabeza, las orejas y el cuello–. Te prometo que te compensaré, amor. Me aseguraré de que nunca vuelvas a llorar. Encontraré a tu hermano y, no importa qué noticias descubramos,

estaré allí, ayudándote todo el tiempo.

–Te quiero –exclamó ella otra vez mientras le rodeaba la magra cintura con los brazos, estrujándolo con todas las emociones que sentía y que no sabía cómo manejar–. Te quiero tanto. Y siento no haber confiado en ti. Siento haberme infiltrado ilegalmente en los archivos de tus empresas. Pero te prometo que no hice nada para perjudicar a Surisia. Nunca le vendí información a nadie, ni nadie contactó conmigo para que hiciera nada por el estilo.

–Lo sé, amor. Lo sé todo –la volvió a besar, intentando calmarla pero calmándose también a sí mismo–. Shh –le urgió cuando ella empezó a llorar–. No quiero que estés triste –se arrodilló, intentando mirarle a los ojos–. ¿Por qué estás triste ahora? Te prometo que lo arreglaré todo si me dices qué va mal.

Ella rio y se lo acercó más, apoyando la mejilla contra su pecho para poder escuchar su maravilloso corazón.

–Lo sé. Y te quiero. No estoy triste. Estoy feliz. Me has hecho muy feliz y no sé cómo lidiar con ello.

Él la abrazó y volvió a acercársela.

–Bueno, eso es algo que no sé cómo arreglar –se echó hacia atrás y sacó algo de su bolsillo–. Pero hay una cosa más que necesito que sepas.

Ella parpadeó, intentando centrar la vista en su maravillosa cara, pero aún la tenía borrosa por las lágrimas.

–¿Qué es? Te diré todo lo que necesites saber.

–¿Te casarás conmigo? –preguntó él mientras sostenía un anillo impresionante y precioso entre su pulgar y su dedo índice.

Cuando por fin pudo enfocar la mirada sobre el objeto reluciente, no pudo respirar ni hablar. Abrió la boca de par en par, no por el enorme tamaño del diamante, sino porque era la última cosa que esperaba que hiciera él.

Ella levantó la cabeza y lo miró a los ojos y después a la mano otra vez.

–Sí –dijo ella finalmente, mientras una pequeña sonrisa empezaba a aparecer en su cara a medida que se daba cuenta de lo que le estaba pidiendo–. ¡Sí! –dijo con más fuerza.

Y con eso, le lanzó los brazos alrededor del cuello, encantada por la forma en que él la recogía, apretujándola con tanta fuerza que casi no podía respirar. No le importaba nada en absoluto mientras él la tuviera en brazos.

Epílogo

–¿Te parece que estoy bien? –preguntó ella mientras se alisaba la falda de lino, deseando haberse puesto el vestido veraniego de lana en su lugar.

Tamar observó su bonito vestido azul con un rayo de confortación brillándole en los ojos.

–Estás preciosa –dijo, tomándola de la mano para darle apoyo.

–¿Crees que me reconocerá?

«Esa es la gran pregunta», pensó él.

–No sé qué aspecto tenías de pequeña. ¿Eras muy diferente entonces?

Ambos estaban frente al edificio ahora, las manos de ella temblaban de miedo, anticipación, esperanza y ansiedad.

–¿Y si no quiere saber nada de mí? –preguntó ella.

Tamar le dijo el nombre de Wyndi a la recepcionista, indicándole que tenía una cita con Royston Carmichael. Con una amable sonrisa, le puso la mano sobre la mejilla.

–Entonces le destruiré –dijo tranquilamente y sin remordimientos.

No vio la expresión sorprendida en la cara de la recepcionista cuando escuchó esas palabras, ya que toda su atención estaba puesta en su mujer y en su nerviosismo por reunirse con su hermano por primera vez en años.

Esa sencilla afirmación hizo su efecto. Ella rio, asumiendo que él estaba bromeando. Pero Tamar no bromeaba. Si ese Carmichael hería a su mujer de modo alguno, Tamar se aseguraría de que el imperio de ese hombre, por impresionante que fuera, se desmoronara, pedazo a pedazo. Si ese hombre sabía lo que le convenía, al menos fingiría tener interés por conocer a su hermana largo tiempo perdida.

La recepcionista les dio indicaciones y les explicó cómo llegar a la última planta y quién les estaría esperando allí.

Llegaron a la planta de ejecutivos fácilmente pero, en cuanto salieron del ascensor, a Wyndi comenzaron a asaltarle las dudas.

–Quizá esté bien sin mí –dijo, buscando una vía de escape a su alrededor–. ¡Le ha ido muy bien por su cuenta! Ya no me necesita.

Tamar no iba a dejarle echarse atrás en ese momento. Habían tardado un mes en encontrar a ese hombre. Si no quería saber nada de su hermana, que así fuera. Pero ella necesitaba saberlo. Necesitaba al menos hablar con él, escuchar su versión de la historia. Aunque también sentía una furia ardiente en sus entrañas porque un hombre con tantos recursos no hubiera intentado encontrar a su hermana. Le hubiera llevado tan poco tiempo, tan poco esfuerzo, y aun así ninguna fracción de la considerable riqueza de ese hombre se había empleado en buscar a la chica que había perdido tantos años atrás.

–¿Sr. Yarmin? –preguntó educadamente una mujer seria.

Normalmente, Tamar hubiera corregido a la mujer acerca de su título, pero al ver los nervios de su mujer realmente no le importó cómo le llamaba esa asistenta, siempre y cuando Wyndi pudiera pasar por aquello rápidamente.

–Por aquí, por favor –dijo–. El Sr. Carmichael les está esperando.

Caminaron por un largo pasillo con una decoración elegante. Cuando la mujer se paró frente a unas puertas dobles, llamó rápidamente y después se hizo a un lado.

–El Sr. Yarmin está aquí para su cita de las doce y media, señor.

Y tras decir eso, salió de la oficina permitiendo que Tamar y Wyndi entraran.

Wyndi miró a su alrededor y vio que el hombre alto y guapo de cabello rubio se levantaba y rodeaba su enorme mesa.

–Príncipe Yarmin –empezó a decir su hermano. Pero mientras ella le miraba, su hermano se paró a mitad de un paso, mirándola directamente, y todo el cuerpo le cambió–. ¡Wyndi! –exclamó.

Para saber más sobre la reunión de Wyndi y Royston, lee “La fingida prometida del magnate”.

Extracto De La doble sorpresa del italiano, Libro 2 De La Trilogía De Las Hermanas Hart

Traducción de Marta Molina Rodríguez

—*Ciao, bella* —dijo una voz grave desde la puerta.

Las manos de Janine se quedaron heladas. Todo su cuerpo se quedó helado. Su mente se quedó helada. «¡Esa voz! ¡No puede ser él!». No había oído aquella voz desde que... «¡Oh, no!».

Cuando salió un poco de su conmoción, volvió la cabeza y miró hacia la puerta. ¡Era él! ¡Era Micah! ¡Alto, robusto, atractivo y en vivo! Un macho alfa endiabrado completamente envuelto en un traje elegante que intentaba enmascarar sin éxito la sexualidad salvaje del hombre que había dejado en su pasado dolorosa y brutalmente.

—¡Tú! —dijo ahogando un grito. Sus instintos de lucha o huida se activaron mientras la adrenalina recorría todo su cuerpo—. ¡Fuera! —estuvo a punto de gritar, cogiendo lo que estaba más a mano para usarlo como arma. El hombre no se movió, cosa que habría previsto si hubiera estado pensando racionalmente. Nadie le daba órdenes a Micah. ¡Absolutamente nadie! Pero ella no estaba en sus cabales. En ese instante estaba luchando desesperadamente por volver a sacarlo de su vida una vez más. La última vez, él había vuelto su mundo del revés y se negaba rotundamente a darle ese poder sobre sí misma una vez más.

—¡Fuera! —repitió, fulminándolo con dolor e ira cuando aquella ceja oscura se levantó en reacción a sus palabras—. ¡No eres bienvenido aquí!

Janine se estremeció con una consciencia poco grata cuando aquellos ojos azules, oscuros de una forma pecaminosa, recorrieron su cuerpo de arriba abajo, deteniéndose en sus pechos. Odiaba el hecho de que pudiera haber cualquier tipo de reacción a aquel hombre que fuera visible a través de su camiseta blanca, y se maldijo por no haberse puesto el delantal antes de empezar a cocinar.

Micah se adentro más en la cocina grande y luminosa. Olía a vainilla y cebollino. Una combinación extraña, pero recordaba que aquella mujer nunca había sido particularmente convencional. Atractiva, seductora y perturbadoramente hermosa, pero nunca predecible.

—Después de todos estos años, ¿esa es la bienvenida que recibo? *Sto male* —dijo en italiano—. Me siento herido.

Ella lo fulminó con la mirada, sacudiendo la cabeza.

—¡Tú no te sientes herido! Eres inmune al dolor y a las críticas. Así que no finjas lo contrario. —Deseaba que alguna de sus hermanas estuviera cerca. Eran unas trillizas que habían creado juntas una empresa de *catering*, y normalmente por poco se tropezaban unas con otras mientras trabajaban en la cocina, creando delicias *gourmet* para sus clientes. Aquella resultaba ser una de las raras ocasiones en que se encontraba sola. Incluso sus maravillosas hijas gemelas, Dana y Dalia, estaban fuera, en el jardín de infancia.

«Oh, ¿por qué he decidido cocinar justo hoy en lugar de tomarme el día libre como todos los demás? Ahora estoy sola con el único hombre que puede hacerme daño». El único hombre que le había hecho un daño tan terrible la última vez que había entrado en su vida. Y

no tenía ni idea de cómo manejarlo. No cuando se le veía tan... increíble.

Micah miró a la mujer que había rondado sus sueños durante los últimos cinco años. «Sigue ahí», se percató. Posiblemente incluso más fuerte que antes. Aquella atracción que lo había llevado hacia su esfera en Italia seguía allí, y él casi maldijo ese hecho. Deseaba a aquella mujer con una lujuria dolorosa que lo inundaba cada vez que ella estaba cerca. Hacía cinco años, ni siquiera necesitaba verla para que su cuerpo reaccionara ante su presencia. Por aquel entonces, en ocasiones ella se acercaba a él por el pasillo para quedar con él para comer o cenar y él sentía su presencia. Cada fibra de su cuerpo se preparaba de inmediato para sus caricias, para sus besos.

Micah se acercó más, asimilando con la mirada todos los cambios en su figura y sus bonitos ojos verdes. Parecía imposible, pero Micah pensó que de hecho estaba más guapa entonces que cinco años atrás. Ahora había una madurez. Antes, era toda inocencia y sensualidad. Ahora, era una mujer hecha y derecha con pechos más turgentes y caderas más anchas que ansiaba tocar.

—He intentado mantenerme alejado, *mia amore*. Pero tú ganas. Aquí estoy. Aún te deseo.

Ella jadeó y agarró la cuchara de madera con más fuerza.

—¡No te atrevas a decir cosas así! —casi le gritó, atravesada por el dolor ante la idea de que todavía la deseaba. Se sentía cegada por ese dolor, por el simple anuncio de que se había dejado caer por su vida como por casualidad—. ¡Yo no! ¡Y no te atrevas a llamarme «tu amor», cabrón! El amor nunca fue parte de nuestra relación—. «Al menos no por tu parte», pensó ella con un resentimiento atroz. Había amado a aquel hombre con cada fibra de su ser, pero él sólo quería sexo. Y durante tres gloriosos meses ella había fingido que el sexo era suficiente. Que lo amaba bastante por los dos. Pero cuando se dio cuenta de que él nunca correspondería a ese amor y que los padres de él la despreciaban, aceptó que su aventura loca necesitaba terminar. Bueno, eso y el hecho de que él no quería tener niños. Ni casarse. Ni ninguna clase de compromiso a largo plazo.

Él se adentró más en la cocina. Los aromas le recordaban a cebolla y magdalenas. Micah deseaba a aquella mujer. Recordaba mirarla mientras cocinaba para él, su pasión en la cocina y la manera en que se entregaba en cuerpo y alma a su cocina. Y en la manera en que le hacía el amor. Estrecharla entre sus brazos había sido como abrazar el sol, todo calor y unas llamas prácticamente incontrolables. Había sido inspirador, y nunca había reaccionado a ninguna mujer de la misma manera. Ni antes ni después de ella.

Así que finalmente se había rendido y fue a buscar a la mujer que deseaba desesperadamente de vuelta en su cama.

—Tal vez podríamos empezar de nuevo y puede que esta vez nos enamóramos —dijo él, acercándose más, despacio, como si estuviera aproximándose a un animal herido.

Janine se encabritó otra vez como una furia ante su afirmación. Sus palabras desalmadas, las mismas palabras que había querido escuchar desesperadamente cinco años atrás, abrieron de un tajo las heridas que nunca se habían curado del todo. Contuvo las lágrimas ante su nueva traición.

—Tal vez sólo deberías darte media vuelta y dejarme en paz.

Él rio por lo bajo con un sonido grave y *sexy* que envió nuevas chispas de excitación por todo su cuerpo. Había oído aquel sonido tantas veces mientras la estrechaba entre sus brazos. Había sido su primer amante... y el último. Vaya, ¿cuántas veces le había enseñado algo nuevo en el aspecto sexual y ella se había ruborizado? Después hacía ese sonido cuando a ella le gustaba lo que le hubiera enseñado. Santo cielo, ni siquiera podía contar cuántas

veces había ocurrido eso. Su rostro se cubrió de ese color traicionero.

Ahora estaba cerca, se alzaba sobre ella con su altura y sus hombros anchos. Ella recordaba cómo había agarrado aquellos hombros musculosos y grandes mientras hacían el amor. La llevaba tan alto que después de cada experiencia con él pensaba que se caía desde el cielo. Sus ojos, tan observadores como siempre, captaron al instante el rubor en sus mejillas ante aquel recuerdo.

Su risa profunda y ronca la sorprendió y sus ojos verdes volaron hacia los azules, más oscuros, del hombre.

—Ya veo que recuerdas lo bueno que era entre nosotros. ¿Todavía quieres tirarlo por la borda? Estoy aquí. Estoy dispuesto a escuchar y averiguar qué hacer para que seas feliz esta vez.

Aquello únicamente la enfureció aún más. Había sido un infierno superar a aquel hombre la primer vez, sólo para descubrir unas semanas después que estaba embarazada. Había llorado durante meses con el dolor de haberlo dejado, de perder las esperanzas y los sueños que no había imaginado que tenía hasta que él entró en su vida. También estaban el miedo y la humillación de volver de Italia embarazada. Había estado asistiendo a una escuela de cocina, con todas sus esperanzas y sus sueños, y de repente tuvo que contarle a sus padres y a sus hermanas cómo se había enamorado como una estúpida de un hombre que no la correspondía. Y ahí estaba de nuevo, rasgando su paz recién encontrada con un simple «aquí estoy». ¡Como si fuera a abandonarlo todo lo que había estado haciendo y planeando en su vida sólo porque hubiera vuelto! ¡Ni hablar!

—Tal vez ya no me interese.

Él volvió a reír en voz baja.

—Quizás pueda recordarte cómo era entre nosotros. Cómo podría volver a ser. —Se acercó más y Janine entró en pánico.

—¡No te acerques más! ¡Y ni se te ocurra venir aquí y asumir que podemos retomar las cosas donde lo dejamos! Renunciaste a ese derecho cuando me dejaste marchar la última vez.

Él no se detuvo, sino que se acercó unos pasos más. Tan cerca que ella tenía que estirar el cuello hacia atrás para buscar su mirada. Necesitaba calcular su siguiente movimiento.

—Las cosas eran difíciles por aquel entonces —explicó. Sus ojos oscuros no dejaron de mirar su rostro—. Y escapaste antes de que pudiéramos hablar de lo que querías.

¡Aquello dolió! Más de lo que quería admitir. Sus palabras la hirieron hasta los huesos. Santo cielo, cómo le había querido y sólo había sido una amante más en una larga cola que había pasado directamente a su habitación. Sus ojos verdes refulgían de furia.

—Ah, ¿y ahora tú estas dispuesto a darme todo lo que quiero?

Vio aquellos ojos oscuros y atractivos parpadeando ante aquella pregunta.

—Estoy dispuesto a intentarlo —respondió en voz baja—. Vamos a ver qué pasa esta vez.

No podía creerse lo que estaba oyendo. El hombre podría ser increíblemente rico y brillante para los negocios, pero no tenía ni idea cuando se trataba de mujeres. O de ella, para ser más específicos. No tenía ni idea de lo que había sentido por él, de cómo le había querido con todo su corazón. Y tampoco iba a contárselo. No se merecía saberlo porque la había dejado marchar. No había intentado buscarla y cuando ella intentó ponerse en contacto con él, no había cogido sus llamadas. La había rechazado en un momento en que ella era vulnerable, estaba asustada y desesperada. Aquel pánico y su rechazo la habían ayudado a sobreponerse, la habían ayudado a enfadarse con su rechazo. Había utilizado aquella rabia para recuperar su vida, para empezar de nuevo y superar al hombre que la había herido por

completo.

Estiró los hombros, decidida a volver a sacarlo de su vida. Levantó la barbilla en un gesto desafiante. No se dio cuenta de cómo sus ojos verdes lo estaban desafiando. De haberlo sabido, probablemente se habría puesto gafas de sol para que no pudiera verlos. No quería a aquel hombre en su vida. Una vez había sido demasiado para su corazón frágil, tierno y romántico. Esta vez se protegería de ese hombre sin corazón y desalmado.

—No. No vamos a probar, no vamos a volver. Date media vuelta y lárgate de mi cocina de una vez. —Cogió el objeto duro que tenía más cerca y se alejó más de él, levantando la cuchara por encima de su cabeza de manera amenazante.

Los ojos de él se alzaron hacia el lugar donde su mano se aferraba a la cuchara de madera por encima de su cabeza.

—¿O qué? ¿Me aporrearás con la cuchara? —preguntó con su sonrisa pícar.

No sabía que lo que había cogido como arma era una cuchara. Entonces parecía una tontería, pero era todo lo que tenía en ese momento.

—Sí —respondió con nerviosismo porque él seguía acercándose. Intentó retroceder, pero ya estaba acorralada junto al fogón—. Déjame en paz —exigió, prácticamente suplicándole porque estaba tan cerca que podía olerlo, casi podía saborearlo y ¡eso era malo! Oler esa increíble loción para después del afeitado con aroma cítrico que le gustaba atormentaba todos sus sentidos. Hacía que la cabeza le diera vueltas con una necesidad que había sido brutalmente reprimida durante cinco largos años. Cinco años durante los cuales había anhelado que la estrechara entre sus brazos una vez más, sentir su cuerpo manteniéndola calentita por la noche. Cinco años durante los cuales había llorado hasta quedarse dormida demasiadas veces, deseando haber sido suficiente para él, que pudiera haberla amado sólo un poco.

—No creo que pueda —respondió él en voz baja. Un momento más tarde, un brazo se abalanzó para capturar la muñeca que sostenía la cuchara de madera mientras el otro le rodeaba la cintura. En un momento estaba de pie amenazándolo. Al siguiente, estaba en sus brazos y él la besaba como si estuviera hambriento de ella.

Janine siempre había sido débil en lo concerniente a aquel hombre y no podía luchar contra la necesidad, contra las ansias desesperadas que se dispararon al primer roce de sus labios contra los de ella. La mano de Micah se deslizó por su brazo, le arrebató la cuchara de madera y puso la palma de Janine sobre su nuca, diciéndole exactamente cómo quería que lo tocara. Los recuerdos inundaron su mente y su cuerpo se apretó contra el de él, cambiando de postura ligeramente para sentir mejor su cuerpo robusto. «Es más grande», pensó. Más musculoso y más fuerte. Estaba casi mareada de necesidad por él, de modo que cuando la alzó sobre la encimera y le separó las piernas para poder deslizar las caderas entre ellas, por poco gritó con el placer renovado.

—¿Por qué haces esto? —sollozó mientras sus manos recorrían el pecho del hombre y las de él se desplazaban hasta su trasero, acercando la entrepierna de Janine a su miembro duro. Ella jadeó con los ojos entrecerrados y tuvo que morderse fuerte el labio inferior para contener un grito.

—Porque no puedo parar —explicó con voz áspera. El hombre agradable y sofisticado que había embriagado sus sentidos con sensualidad había desaparecido. Aquello era pura pasión, un deseo ardiente. La besó otra vez, ahuecando su trasero con las manos para que los cuerpos de ambos se alienaran perfectamente. El hombre era un hedonista excepcional, y el menor cambio, el menor movimiento, estaba perfectamente calculado para producirle un placer tan intenso que ella temblaba y le suplicaba que le diera más de lo mismo.

El portazo en la parte trasera de la casa fue como si le echaran un cubo de agua fría sobre la cabeza. Durante un instante, se miraron fijamente a los ojos, pero entonces se oyó más movimiento que indicaba que alguien iba hacia la cocina, lo que incitó a Janine a entrar en acción. Ella dio un respingo hacia atrás y casi se cayó de la encimera de metal en su esfuerzo por alejarse de Micah y horrorizada ante lo que acababan de estar haciendo.

—No he encontrado trufas —dijo su tía Mary—. ¡Oh!

Janine dio un respingo hacia atrás, empujando a un Micah igual de sorprendido para alejarlo de ella y así poder bajar de un salto de la encimera. Empezó a alejarse, pero se detuvo y se apresuró a volver hacia allí porque sus rodillas no estaban listas para el reto de sostenerla derecha inmediatamente después de volver a estar en brazos de Micah.

La tía Mary se detuvo en el vano de la puerta de la cocina, mientras sus ojos internalizaban la escena de su guapa sobrina y un hombre extraño, muy alto y de aspecto poderoso. Algo estaba pasando. Se respiraba una tensión rara, casi tangible en el aire entre aquellas dos personas, que fácilmente podrían haberse descrito como combatientes por la manera en que se fulminaban con la mirada entre ellos, y después a ella.

—Lo siento. ¿He interrumpido algo importante? —Sus ojos verdes rebotaban de Janine al hombre alto y sorprendentemente atractivo de pie junto a su sobrina—. Me voy —empezó a decir.

—¡No! —exclamó Janine casi a gritos. Echó las manos hacia delante para detener a la única protección que tenía para que Micah no volviera a empezar su juego de seducción otra vez—. No —repitió con menos contundencia—. Este señor ya se iba.

Su ceja oscura se alzó con aquella afirmación.

—¿Me iba?

Ella alzó la vista hacia él, después hacia su tía que los miraba de hito en hito, primero a ella y luego a Micah, con interés creciente.

—Sí. Ya se iba porque ya hemos hablado de todo lo que teníamos que hablar. Asunto concluido. Caso cerrado.

Micah volvió a agarrarla por la cintura, ahora sin preocuparse por su público. Estaba furioso con que su preciosa Janine, la mujer que se había derretido cuando apenas la había mirado y que había sucumbido en sus brazos hacía tan solo un momento, estuviera intentando darle puerta. ¡Nadie lo echaba de ningún sitio! ¡Era él quien echaba a la gente! Era él quien tenía el control.

—El caso no está cerrado. Los asuntos están abiertos. Y no se olvide —dijo, deslizándose la mano por la piel de Janine. Sabía que ella estaba intentando no tener escalofríos en respuesta, pero conocía su cuerpo demasiado bien. Conocía todos los lugares que le darían la respuesta que quería. De modo que cuando su mano llegó a aquel punto en su costado, justo encima de la cadera, sonrió triunfante mientras la mandíbula de Janine se apretaba y se le cerraban los ojos.

Títulos De Elizabeth Lennox (En Inglés)

The Texas Tycoon's Temptation

Trilogía: *The Royal Cordova*

Escaping a Royal Wedding

The Man's Outrageous Demands

Mistress to the Prince

Serie: *The Attracelli Family*

Never Dare A Tycoon

Falling For The Boss

Risky Negotiations

Proposal To Love

Love's Not Terrifying

Romantic Acquisition

The Billionaire's Terms: Prison Or Passion

The Sheik's Love Child

The Sheik's Unfinished Business

The Greek Tycoon's Lover

The Sheik's Sensuous Trap

The Greek's Baby Bargain

The Italian's Bedroom Deal

The Billionaire's Gamble

The Tycoon's Seduction Plan

The Sheik's Rebellious Mistress

The Sheik's Missing Bride

Blackmailed By The Billionaire

The Billionaire's Runaway Bride

The Billionaire's Elusive Lover

The Intimate, Intricate Rescue

Trilogía: *The Sisterhood*

The Sheik's Virgin Lover

The Billionaire's Impulsive Lover

The Russian's Tender Lover

The Billionaire's Gentle Rescue

The Tycoon's Toddler Surprise

The Tycoon's Tender Triumph

Serie: *The Friends Forever*

The Sheik's Mysterious Mistress

The Duke's Willful Wife

The Tycoon's Marriage Exchange

The Sheik's Secret Twins

The Russian's Furious Fiancée

The Tycoon's Misunderstood Bride

Serie: *Love By Accident*

The Sheik's Pregnant Lover

The Sheik's Furious Bride

The Duke's Runaway Princess

The Russian's Pregnant Mistress

Serie: *The Lovers Exchange*

The Earl's Outrageous Lover

The Tycoon's Resistant Lover

The Sheik's Reluctant Lover

The Spanish Tycoon's Temptress

The Berutelli Escape

Resisting The Tycoon's Seduction

The Billionaire's Secretive Enchantress

The Billionaire's Pregnant Lover

The Sheik's Rediscovered Lover

The Tycoon's Defiant Southern Belle

The Sheik's Dangerous Lover (novela corta)

The Thorpe Brothers

His Captive Lover

His Unexpected Lover

His Secretive Lover

His Challenging Lover

The Sheik's Defiant Fiancée (novela corta)

The Prince's Resistant Lover (novela corta)

The Tycoon's Make-Believe Fiancée (novela corta)

Serie: *The Friendship*

The Billionaire's Masquerade

The Russian's Dangerous Game

The Sheik's Beautiful Intruder

Serie: *The Love and Danger* – Novelas románticas de misterio

Intimate Desires

Intimate Caresses

Intimate Secrets

Intimate Whispers

The Alfieri Saga

The Italian's Passionate Return (novela corta)

Her Gentle Capture

His Reluctant Lover

Her Unexpected Admirer

Her Tender Tyrant

Releasing the Billionaire's Passion (novela corta)

His Expectant Lover

The Sheik's Intimate Proposition (novela corta)

Trilogía: *The Hart Sisters*

The Billionaire's Secret Marriage

The Italian's Twin Surprise

The Forbidden Russian Lover

The Sheik's Intimate Proposition (novela corta)

Serie: *War, Love, and Harmony*

Fighting with the Infuriating Prince (novela corta)

Dancing with the Dangerous Prince (novela corta)

The Sheik's Secret Bride

The Sheik's Angry Bride

The Sheik's Blackmailed Bride

The Sheik's Convenient Bride

Serie: The Boarding School

The Boarding School Series Introduction

The Greek's Forgotten Wife

The Duke's Blackmailed Bride

The Russian's Runaway Bride

The Sheik's Baby Surprise

The Tycoon's Captured Heart

Serie: The Samara Royal Family – February 2016 to June 2016

The Samara Royal Family Series Introduction

Pregnant with the Sheik's Baby

The Prince's Intimate Abduction

The Prince's Forbidden Lover

The Sheik's Captured Princess

The Sheik's Jealous Princess

Títulos De Elizabeth Lennox (En Español)

Serie de *Los Hermanos Thorpe*

Su amante cautiva

Su amante inesperada

Su amante misteriosa

Su amante rebelde

La peligrosa amante del jeque (novella gratis)

Serie de *Las Atracciones Innegables*

La desafiante prometida del jeque

La reticente amante del príncipe

Trilogía de *Las hermanas Hart*

La boda secreta del billonario

La doble sorpresa del italiano

El amante ruso prohibido

